

Sucedio en Ibiza

Laura Márquez García



kamadeva

Laura Mázquez García
Sucedió en IBIZA



Sucedió
en Ibiza

Laura Márquez García



kamadeva

© Laura Márquez García
© Kamadeva Editorial, noviembre 2020
Editado por Bubok Publishing S.L.
equipo@bubok.com
C/Vizcaya, 6
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del . La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

[Créditos](#)

[Sucedió en Ibiza](#)

[Sobre la autora](#)

Sucedió en Ibiza

Tomar decisiones descabelladas es lo que a veces nos hace sentir que estamos vivos, y el resultado de esas decisiones, lo que marca nuestra existencia.

Hace tan solo unos meses, mi vida era una más entre un montón; una vida rutinaria, acomodada, sin ningún tipo de alteración, y yo creía que, por ser así, me podía considerar una persona feliz. Vivía tranquila porque todo lo que me sucedía era absolutamente normal. Me dedicaba a dar consejos a los amigos a los que sí que les surgía algún contratiempo en su día a día, como si fuera una experta en vidas perfectas, una gurú de la felicidad y la tranquilidad. De hecho, todo hubiera seguido así, sin ninguna duda, de no ser por el giro inesperado que dio mi vida, y ahí me di cuenta de que estaba equivocada.

Llevaba más de una década trabajando en un bufete de abogados en pleno Paseo de la Castellana. Disfrutaba de mis tardes de *afterwork* con mis compañeros de trabajo, vivía en un ático de alquiler en el Paseo de la Habana. No un gran ático, pero sí lo suficientemente bonito y decorado con buen gusto como para ser la envidia de mis amigas. Pasaba los fines de semana con mis amigos de la hípica o del club de golf, practicando ambos deportes y descubriendo los lugares de moda para tomar el *brunch* o para cenar por Madrid, y todo ello acompañada de mi espectacular pareja, Germán de la Fuente.

Germán era el yerno perfecto para mis padres, el cuñado perfecto para mi hermana, el novio perfecto para todas mis amigas. Guapo, atlético, elegante, servicial, generoso, educado y, además, tenía un puesto de directivo en un fondo de inversión y un sueldo anual de muchos ceros. Compartíamos vida desde hacía año y medio, cuando nos conocimos en una discoteca exclusiva de Madrid, y coincidimos por casualidad una semana más tarde en el hipódromo.

Nuestra primera noche juntos fue de ensueño, nunca podría haber imaginado una cita mejor. Una cena en un *rooftop* de Madrid contemplando la rosada puesta de sol de la ciudad mientras nos bebíamos unas copas de cava y comíamos un rodaballo salvaje. Nos tomamos después unas copas en un club privado cerca de la plaza Santa Ana y acabamos la noche en la *suite* principal del precioso hotel que se encuentra en la misma plaza. La noche no pudo ser más maravillosa, sentí haber conocido al hombre de mis sueños, sentí no necesitar nada más, nunca más.

Cuando al despertar me preguntó qué talla de ropa y de calzado llevaba, pensé que me estaba tomando el pelo, que un caballero como él no podía estar preguntándome semejante cosa. Nunca me podría haber imaginado que fuera para mandar a una trabajadora del hotel a comprarme un vestido casual y unos zapatos para llevarme a tomar un *brunch*.

-Si no es de tu estilo y no te gusta, puedes regalarlo o tirarlo después, no me importa. Simplemente quería que el tema de la ropa no fuera una excusa para que no me acompañaras también esta espléndida mañana de domingo a tomar un *brunch* por Madrid.

Era imposible no caer rendida a los pies de un chico como ese. Germán era el Dios de todas las parejas, al que, además, nunca le gustaba discutir y con el que siempre todo parecía fácil.

Nos fuimos a vivir juntos enseguida. Dejé mi apartamento de Arturo Soria y alquilamos nuestro ático. Viajamos a las Maldivas, Tailandia, República Dominicana, Nueva York y París en el año y medio que estuvimos juntos. Hablábamos de boda, de perros e incluso de hijos. Mis jefes del bufete sabían quién era mi pareja, lo respetaban y por ello, poco a poco, fui consiguiendo mejores casos. Normal que pensara que mi vida era ideal, yo no hubiera cambiado absolutamente nada de ella en esos momentos. Creía tener la vida perfecta y la pareja perfecta, me sentía amada y creía que no podía haber nada en el mundo que pudiera acabar con aquel amor y destruir mi vida como se destruye un castillo de naipes.

Aunque si tengo algo que agradecerle a Germán, además de todos los momentos felices que viví a su lado y toda la estabilidad que le dio a mi vida durante ese año y medio que duró nuestra relación, fue la sinceridad con la que me dijo que lo nuestro había acabado. Podría haber estado engañándome, podría haber jugado a dos bandas, pero él prefirió contarme la verdad antes de que fuera más lejos.

En su trabajo le habían encargado la adquisición de unos edificios de oficinas pertenecientes a una de las familias más ricas de España. Él se iba a encargar, en persona, de las negociaciones directas con la familia, y más concretamente, con la responsable de negociar la fortuna familiar, la hija del empresario madrileño Federico Fernández Clavel, Susana Fernández de la Iglesia. A pesar de que ella tenía una relación estable con un famoso jinete, enseguida cayó rendida ante los encantos y atenciones de Germán, y antes de que lo suyo fuera a más, y en tan solo un par de semanas, ambos decidieron dejar a sus parejas e iniciar una nueva vida juntos.

-Me gustaría hablar contigo, Elena -me dijo un día nada más entrar por la puerta.

No me había dado tiempo siquiera a apreciar un cambio en su actitud. Todo había pasado tan deprisa que confundí su alejamiento con un pico de trabajo y responsabilidad, confundí la falta de besos y de sexo con el estrés que conlleva una operación de esa envergadura. De hecho, la noche anterior había estado cenando con unas amigas y, entre risas, habíamos comentado que quizás fuera yo la siguiente del grupo en pasar por la vicaría.

-Creo que es justo que te diga cuanto antes que me he enamorado de otra persona, y ella de mí, y que nuestra relación ha acabado.

Me quedé tan bloqueada que ni siquiera entendí el mensaje que me estaba enviando.

-¿Me estás diciendo que has tenido un rollo con una tía? -le pregunté pensando que la relación de la que me estaba hablando era la que precisamente se había acabado.

-No, Elena; la relación que ha acabado es la que tenemos tú y yo. Me he enamorado de Susana Fernández, la hija del empresario con el que estamos tratando ahora mismo la compra de los edificios. Recogeré mis cosas en un par de días, no necesito más. Tú te puedes quedar aquí un mes

más, está pagada la mensualidad del alquiler; no tengas prisa, y si te quieres quedar en este piso, hablo con el casero y listo.

Se sinceró, liberó toda la culpa que le llevaba comiendo por dentro los últimos días y me abandonó en el que había sido nuestro hogar. Se incorporó, se dirigió hacia la habitación, le oí trastear en el armario, abrió la puerta y la cerró tras él, sin mirarme, sin decirme nada más, y yo fui incapaz de replicarle nada. Ni siquiera fui capaz de ponerme a llorar. Era como si mi cabeza no quisiera aceptar lo que había acabado de suceder. No era capaz tampoco de llamar a nadie para explicárselo; me sentía avergonzada. No había sabido cuidar a Germán para que permaneciera a mi lado, al novio ideal. No sabía cómo asumir mi parte de culpa ante los demás; me preguntarían qué había sucedido y yo no sabría qué responder. ¿Por qué no había sido capaz de mantenerlo a mi lado? ¿Qué podía haber visto en aquella chica que yo no tuviera? ¿Por qué no había sido capaz de hablar con él para convencerle de que se quedara conmigo?

Por eso me convencí de que aquello no era el fin. Estaba segura de que él volvería a mí porque se daría cuenta de que estar conmigo era lo que realmente le hacía feliz, nuestra casa y nuestra vida ideal. Cada mañana, cuando entraba al baño, pensaba que él se volvería a duchar conmigo tarde o temprano, que no tenía por qué llorar, que todo lo que estaba sucediendo era momentáneo y que sería capaz de reconquistarlo. Sin agobios, pero con acciones que él apreciara y necesitara: cosas que solo yo pudiera hacer por él

Mantuve esa esperanza durante la primera semana. Ni siquiera lloré su pérdida, estaba demasiado ocupada pensando cómo reconquistarlo. No comenté nada en el trabajo, ni tampoco a mi familia o amigos. Debido a su trabajo, era fácil que no siempre me acompañara a los eventos familiares o a las quedadas con mis amistades. Pero como ni siquiera había prestado atención al nombre de la susodicha, nunca imaginé que sería la prensa la que acabara con mis sueños e hiciera que todo mi círculo se enterara de la noticia antes de que yo dijera nada.

Nunca me ha interesado demasiado la prensa del corazón. Conozco a los personajes básicos tanto de nuestro país como a nivel internacional, pero no porque vea esos programas o lea esas revistas, sino porque sus vidas son vox populi. Por eso no vi llegar el huracán que se aproximaba.

El día que entré en la oficina y empecé a notar que las miradas de mis compañeros se clavaban en mi cogote, podría haber imaginado cualquier cosa, menos aquella. Empecé a sentir vértigo y a barajar la posibilidad de que, él mismo, hubiera sido el que anunciara nuestra ruptura a sus conocidos, y estos a su vez, hubieran hecho llegar la noticia a oídos de mis jefes, que habrían contado la noticia a todo el bufete y ahora mi ruptura sería la comidilla de abogados y secretarías, pasantes y socios. ¿Por qué lo tenía que haber contado ya? ¿Tan seguro estaba de la ruptura? Cuando tuviéramos la oportunidad de volver a hablar las cosas volverían a la normalidad. Eso me

repetía sin cesar una y otra vez. Pero era demasiado tarde ya para mí, mi tiempo se había acabado y yo no me había querido enterar.

Una semana entera estuve soportando tan tensa situación. No fue hasta que Mabel, mi mejor amiga en la oficina, me comentó lo que sucedía, una mañana a la hora del café, que al fin abrí los ojos; dos semanas más tarde de que él recogiera sus pertenencias en dos maletas y saliera de nuestro envidiado ático.

-Lo llevas muy bien, Elena.

-¿El qué?

-Lo de Germán. Erais una pareja modelo y se os veía muy enamorados. Nadie entiende por qué lo habéis dejado, y no entiendo tampoco por qué no me has contado nada.

Ahí me hubiera gustado responder con total normalidad, hacerme la fuerte y quitarle importancia. Decirle: «Él era un hombre diez y yo una afortunada por tenerle, pero yo también valgo mucho. Él también fue un afortunado por tenerme, ambos hemos perdido con la ruptura, pero la vida es así».

Ojalá hubiera podido decirle algo así, pero no fui capaz.

-¿De qué me hablas, Mabel?

-De lo que ha salido en los programas del corazón y en las revistas más famosas del país.

-De verdad que no sé de qué me hablas.

No entendía qué relación podía tener la ruptura con Germán con las revistas del corazón y la prensa del país. ¿Acaso ella me estaba hablando de algo que tenía que ver con ello?

-¿Me estás diciendo que Germán ha aparecido en prensa con esa ricachona sin haberlo dejado contigo?

Hubiera deseado que en ese momento me tragara la tierra, pero en lugar de eso empecé a llorar como una Magdalena, sin poderme controlar, y quise que Mabel me contara todo lo que sabía, que podía ser lo mismo que supiera toda la oficina, y quizás ya también todo mi círculo cercano, y también el lejano.

Sacó el móvil de su bolsillo y tecleó en Google el nombre de Germán de la Fuente. Inmediatamente, aparecieron en la pantalla múltiples imágenes de él en una actitud muy cariñosa con la hija del empresario, que también había roto con el jinete con que había estado comprometida.

Una tras otra, fui pinchando en cada una de las imágenes para ver como esos abrazos que tanto había anhelado esas semanas, esos besos que creí que volvería a darme, ya tenían dueña, y una dueña que no tenía nada que envidiarme.

-No pensé que fuera en serio cuando me dijo que me dejaba -le confesé a Mabel después de que me contara con pelos y señales cuándo se había enterado ella y quién más lo sabía en la oficina-. Creí que se había fijado en alguna chica y que se le pasaría, que lo nuestro sería más fuerte que un calentón con una jovencita.

-Pues de jovencita nada, cariño -me confirmó ella-. Esa tal Susana te saca por lo menos seis años, pero, claro, su cuenta del banco puede también tener seis ceros más que la tuya.

-Me niego a pensar que Germán se haya fijado en eso. Pero, pensándolo bien, lo prefiero.

-Claro, cariño. Tú aprovecha esa información y déjalo a él de canalla, de aprovechado. Si no hubiera sido por eso, él jamás te hubiera dejado, no hubiera permitido que una mujer como tú se le escapara.

-Pero tengo miedo, Mabel. No quiero enfrentarme a esta ruptura de la que todo el mundo va a saber los detalles sin que yo los haya contado siquiera.

-Sé fuerte, Elena. Quien te conoce te ayudará en esta situación, no te pondrá más piedras en el camino.

Y así de rápido pasé de ser la chica envidiada, la que siempre daba consejos porque tenía una vida plácida y feliz, a ser la pobre chica cambiada por una rica heredera, cuya ruptura se había conocido por prensa rosa y por la que todo el mundo sentía pena.

Aquella misma mañana recibí más de veinte mensajes de amigos y familiares, que, obviamente, no respondí.

Tuve que aguantar las palabras de consuelo de mis compañeros, como si me estuvieran dando el pésame por la muerte de un familiar cercano, y, para colmo, hasta mi jefe casi me aparta de un caso creyendo que me hacía un favor si me quitaba trabajo de encima.

Fue una locura de día. Yo solo tenía ganas de llegar a casa y pensar, en soledad, qué iba a hacer con mi vida, si iba a quedarme en el ático, si tenía intención de sentarme a hablar con mi familia sobre lo sucedido, o si prefería huir una temporada y cogerme vacaciones.

Y la respuesta llegó de una forma que no me podía esperar. A la mañana siguiente, en la reunión de asignación y revisión de casos, mi jefe presentó el nuevo asunto que había asumido el bufete. Se trataba de un cliente que había adquirido unas tierras que habían sido subastadas en Ibiza por impago, pero cuyo dueño no se quería deshacer de una pequeña parcela en el centro de ellas, que le pertenecía por herencia familiar. Nuestro cliente le había ofrecido una buena suma de dinero, pero el propietario se negaba en rotundo a aceptar. El bufete debía hacerse cargo de la negociación, ya que el cliente pretendía construir un hotel rural en los terrenos y era sumamente importante conseguir dicha parcela.

Mi jefe propuso que fuera Marta la que se encargara del caso, una chica jovencita que se había incorporado al bufete recientemente. En principio, el caso no revestía mayor dificultad, una simple abogada pasante podría resolverlo sin problema; pero yo lo quería tomar, quería escapar a Ibiza y, por qué no, alargar mi estancia con unos días libres para despejar mi cabeza.

Le propuse a Marta un cambio de caso: ella se encargaría de la importante cuenta con la que estaba trabajando yo en aquellos momentos, y yo me quedaría con el pequeño caso que le habían

ofrecido. Era un cambio justo en el que ambas salíamos ganando.

-¿Te has vuelto loca, Elena? -me preguntó mi jefe cuando se enteró de la transacción, que se había realizado sin que él hubiera dado el visto bueno.

-No. No me he vuelto loca. Simplemente tenía pensado cogerme unos días de vacaciones, y me apetecía que fuera Ibiza.

-Si era eso lo que te apetecía, haberte cogido los días sin tener que alterar el orden y la armonía del bufete.

-No creo que haya hecho nada malo, la verdad.

-Si te parece normal pasarle una cuenta tan importante a una abogada pasante, es que realmente necesitas esas vacaciones.

-Confío en ella. La he visto trabajar y es buena, muy válida. Además, Andrés -mi compañero en ese gran caso- seguro que está dispuesto a ayudarla. Serán solo unos días, y de esta manera no me siento una inútil en Ibiza y puedo dedicar parte del día a trabajar.

Mi jefe me miró condescendentemente y acabó aceptando el trato.

-La próxima vez, consúltame antes de tomar una decisión como esta. No te lo tendré en cuenta porque sé de tus circunstancias personales en estos momentos.

Y dio media vuelta y se encaminó hacia su despacho. La última frase me sobró. No quería que nadie sintiera lástima por mí. Iba a salir de aquel pozo sin problema, lo sabía, simplemente necesitaba apartarme durante un tiempo de lo que me pudiera hacer recordarlo.

La última vez que había estado en Ibiza, había sido tres años atrás, con mis amigas. Habíamos alquilado una pequeña embarcación para recorrer la isla y fondear en algunas calas, comido en impresionantes y carísimos restaurantes, y bailado en los mejores clubs y discotecas de la isla, donde pinchaban los más famosos DJ del mundo. Pero esa vez no iba a ser igual. Había ido a la isla a ocuparme del caso, a hospedarme en un pequeño hotel y disfrutar del sol y de la soledad. No quería estar conectada al móvil las veinticuatro horas, no quería saber nada de las redes sociales ni, mucho menos, de las revistas del corazón. Quería estar conmigo misma, mi soledad, mis libros, mi música y algo de trabajo para mantenerme entretenida.

Alquilé un coche en el aeropuerto y me dirigí hacia la costa norte. En un punto intermedio entre el pintoresco pueblo de San Miguel de Balansat y el puerto de San Miguel, era donde se encontraban los terrenos que mi cliente quería adquirir, pero este vivía y tenía sus negocios en San Antonio de Peralta. Además de a la hostelería (contaba con cinco hoteles rurales repartidos por toda la isla), también se dedicaba al alquiler de apartamentos turísticos y a la vinicultura; y esa zona era perfecta para el cultivo de viñas.

Habíamos quedado directamente en las tierras que quería adquirir. Su intención era la de explicarme primero la situación, que entendiera *in situ* cuál era su problema, y después empezar

las negociaciones con el propietario.

A los pocos minutos de haber emprendido la marcha, en una de las rotondas a mitad de camino entre la ciudad de Ibiza y el norte de la isla, en el pueblo de Santa Gertrudis concretamente, mi móvil, que estaba dentro del bolso tirado debajo de la guantera en el espacio del copiloto, empezó a sonar insistentemente. Recordé que no había avisado en el bufete que todo iba correctamente, que había llegado y que ya estaba de camino para acudir a mi cita, así que intenté, como pude, hacerme con el bolso mientras conducía para poder contestar la llamada. Gran error. Si apartas la vista de la carretera, aunque solo sea por unos segundos, te puede suceder lo que me sucedió a mí. Un gran y lujoso todoterreno Mercedes Benz blanco apareció de la nada, y, aunque intenté esquivarlo, me comí su puerta delantera derecha. No llevaba ni media hora en la isla y ya había tenido un accidente. El corazón empezó a latirme muy rápidamente. No podía creerme que mi aterrizaje en la isla hubiera sido tal. No podía retrasarme con el cliente del bufete, que me esperaba en quince minutos en el punto de encuentro, así que, casi sin apenas bajarme del coche, y después de comprobar que a ninguno de los dos nos había sucedido nada serio, le pedí perdón al conductor y le anoté en una tarjeta la matrícula y la compañía de alquiler del coche para que su aseguradora le reclamara los daños. Después de todo, había contratado un seguro a todo riesgo, y para algo tenía que servirme.

El conductor era un hombre rubio de mediana edad y muy atractivo, al que apenas le di tiempo a hablar, además de por llevar prisa, también por vergüenza. Él, con su coche imponente, bien peinado, impolutamente vestido, educado y sereno; y yo con las pintas de haber salido de casa a las cinco de la mañana, nerviosa, con mi pequeño coche de alquiler.

-Parece estar todo bien, ¿verdad? Pero no se preocupe, si ve que su coche ha sufrido algún desperfecto que a simple vista no se vea, o usted sufriera de alguna lesión tardía, simplemente contacte con la compañía de alquiler, le da la matrícula y se lo solucionará, no habrá problema. Fíese de mí que, como puede ver en la tarjeta, soy abogada -le dije mientras ya me montaba en el coche.

Seguí conduciendo por la carretera hacia el norte, con los nervios por el golpe todavía metidos en el cuerpo, y no fue hasta que llegué a San Miguel de Balansat que me di cuenta de que el Mercedes venía detrás de mí. No sabía si el conductor me seguía enfadado por mi actitud ante el pequeño accidente, si daba la casualidad de que él también se dirigía hacia el norte de la isla, o que, como en una película romántica, se había prendado de mí y me seguía para invitarme a cenar.

La cuestión fue que, cuando finalmente llegué guiada por el GPS a la finca donde habíamos quedado y aparqué el coche frente a ella, el Mercedes se paró a mi lado, y entonces las piernas empezaron a temblarme.

-Señorita Elena Buendía -me dijo nada más salir del coche, con un acento francés.

-Sí, dígame -le respondí yo con un hilo de voz.

-Me alegra que sea usted tan diligente resolviendo problemas y tan responsable con sus clientes, con los que, a pesar de las circunstancias, se reúne usted puntualmente. Eso me deja más tranquilo.

-Siento no haberme podido entretener más con el tema del accidente, de verdad, pero como ya le he dicho, me espera un cliente -miré alrededor para ver si lo localizaba-, y debe estar a punto de llegar.

De repente, el atractivo francés soltó una potente carcajada.

-Ay, señorita, es usted encantadora. Yo soy su cliente, Philippe Lamere.

En ese momento hubiera deseado una evaporación instantánea y haber desaparecido como el humo, llevada por el viento. Aquel maduro atractivo era mi cliente, al que le había abollado su flamante y carísimo coche, al que había ninguneado en la carretera dejándole casi con la palabra en la boca. No quería ni imaginar qué pensamientos hacia mí se escondían tras aquella carcajada.

-Lo siento muchísimo, señor Lamere, de verdad, no tenía ni idea..., yo solo quería llegar puntual, en ningún momento mi intención fue...

-¡Por favor, señorita, no tiene nada de qué disculparse! Me gusta su forma de actuar. Ya le he dicho que me parece usted una mujer diligente y resuelta, con carácter, y esa es la clase de abogada que quiero que trabaje para mí.

No sabía si lo estaba diciendo en serio o era simplemente para quitar hierro al asunto, esa media sonrisa dibujada en su cara me despistaba, pero, para no seguir dándole vueltas al tema, decidí ponerme de inmediato a trabajar y demostrar a qué había venido, y era a conseguir que mi cliente quedara satisfecho con mi profesional manera de trabajar.

Las tierras que Philippe quería comprar no eran más de dos hectáreas de terreno semicultivado con una construcción típica de la isla, de unos trescientos metros cuadrados. Era todo propiedad de un joven que, habiendo heredado de su abuelo una pequeña parcela de quinientos metros cuadrados, se hipotecó para comprar los terrenos colindantes y poder así construirse la casa y cultivar su propio huerto. El chico en cuestión, un joven ibicenco, trabajaba de camarero en un restaurante de la playa de Las Salinas, y la vida últimamente no le había ido lo suficientemente bien como para hacerse cargo de los pagos de las últimas mensualidades de la hipoteca, y tampoco de otros como el impuesto de bienes inmuebles o basuras. Por eso el banco le embargaba la propiedad, que había salido a subasta. El problema aparecía con ese terreno heredado, justo en el centro de la parcela, que era de su propiedad y que no estaba dispuesto a perderlo.

Philippe, que adquirió la propiedad en subasta por un precio irrisorio, se había propuesto pagar una buena suma de dinero para que el chaval desapareciera de allí. Su límite era una cifra lo suficientemente alta como para que aquel chico acabara cediendo, por ello me pareció un caso con unas probabilidades muy altas de que se resolviera fácil y exitosamente.

-Podría haber intentado sobornarle como se hacen muchos de los negocios en esta isla, de forma ilegal, pero yo he querido hacer las cosas bien; quiero que él vea que yo voy de buena fe.

-Me parece correcto, señor Lamere. Tranquilo, que yo me encargaré de prepararle los papeles para hacerle la oferta formal, y esta misma tarde intentaré quedar con él.

-Si pretende localizarlo aquí, va a tener que montar guardia por la noche, porque es casi imposible ubicarlo durante cualquier otro momento del día. Si queremos agilizar el trámite, va a tener que desplazarse hasta la playa de Las Salinas, al restaurante donde trabaja, e intentar que la atienda allí, o concertar con él una cita.

-Sin problema. Reviso los papeles y salgo para allá.

-Aquí en el puerto tiene algunas terrazas donde se podrá sentar a tomar un café tranquilamente mientras revisa la documentación. Me encantaría poder acompañarla y seguir tratando este asunto, pero tengo bastantes negocios por la isla y todos ellos requieren de mi presencia para que me encargue de sus problemas; lamentablemente, todos ellos siempre tienen alguno.

Pensé que me ofrecería sus propias oficinas, o que me acompañaría en ese café en la terraza, pero Philippe parecía ser un hombre muy ocupado y tampoco le di más importancia.

-Por cierto -me dijo antes de meterse en el coche-, si no tiene plan para esta noche, me gustaría llevarla a cenar a un buen restaurante en la ciudad de Ibiza, para que pruebe uno de mis vinos que se sirven allí.

-Genial, me parece un plan genial. No tengo otro, pero en el caso de tenerlo, seguro que hubiera aceptado igualmente. Dígame dónde y a qué hora y allí estaré.

-No se preocupe, por favor, a una señorita hay que pasar a recogerla siempre. Yo le digo hora y usted me dice la dirección del hotel donde se hospeda para que la pueda pasar a buscar.

Yo no había llevado la ropa adecuada para ir a cenar a un restaurante elegante, no había sido ese mi plan al emprender aquel viaje; y él parecía un hombre tan estiloso y refinado, que iba a necesitar tiempo para arreglarme adecuadamente para la cita y para ir de compras. Quizá era cierto eso que dicen de que un clavo saca a otro clavo, y Philippe podía ser mi clavo aquella noche.

-De acuerdo, pero por favor, tutéeme. Me sentiré mucho más cómoda.

-¡No faltaría más! Yo quiero que te sientas cómoda, así que, por favor, te pido que hagas lo mismo conmigo. A partir de ahora, me llamas Philippe y yo te llamaré Elena.

Me hizo mucha gracia su comentario, me dio muy buena sensación aquel paso que habíamos dado para tener más confianza el uno con el otro antes de cenar juntos, e hizo que me sacara de la cabeza por un buen rato todos los problemas con mi entorno provocados por Germán, su nueva novia y la prensa rosa.

Precisamente, antes de dirigirme hacia a playa de Las Salinas en cuanto acabé de revisar los documentos, tomándome ese café en un chiringuito del puerto de San Miguel, recibí un mensaje de

mi madre, otro de mi hermana y otro de mi mejor amiga, todas comentando las últimas noticias que habían aparecido sobre la enamorada pareja.

Han dicho en un programa del corazón que él ya le ha pedido matrimonio, me escribió mi hermana.

No me puedo creer lo sinvergüenza que es... Si en unos días ya le regala un anillo de compromiso, recibí de mi madre.

Menudo cabrón, es muy listo; este le regala un anillo y le pide matrimonio para tenerla pillada, para que no se le escape la ricachona, me escribió mi mejor amiga.

Y yo entonces pensé en lo poco que me conocían. Ninguna de las tres había entendido que me había ido a Ibiza a pasar unos días y a encargarme de un caso inferior del bufete simplemente para no tener que afrontar todo ese tipo de comentarios, para estar lejos de esa basura, de esa relación que se había llevado mi feliz vida de cuento de hadas.

De camino me encontré con obras en la carretera y, pensando en el tiempo que necesitaría para poder ir de compras y a la peluquería si quería acudir a la cita en condiciones, empecé a ponerme nerviosa. No quería demorarme demasiado en la visita al joven; necesitaba tiempo para preparar una cita como aquella con Phillippe. Seguramente que no se tratara más que de una cena de negocios, pero yo estaba convencida de que tenía unas buenas armas de mujer que, si las utilizaba, me podrían ayudar a olvidar a esa maldita pareja y el contenido de aquellos malditos mensajes. No sabía ni siquiera si Philippe estaba casado o si tenía pareja, pero en aquellos momentos estaba tan enfadada con mi anterior vida, que nada de eso me importaba.

Por suerte, las obras solo me mantuvieron diez minutos parada en un atasco. Cuando llegué a la playa, aparqué el coche en un garaje de tierra tras un pequeño bosque de pinos que atravesé para llegar a la arena. Me tuve que descalzar para avanzar por esta y dirigirme al chiringuito donde trabajaba el chico. Una vez allí, pregunté por él.

-Buenos días, pregunto por Biel Derràs -le pregunté a una camarera con acento andaluz.

-Sí, un momento. ¿Quién pregunta por él?

-Soy Elena Buendía, la abogada del señor Philippe Lamere, el empresario que...

La chica me miró con mala cara. Supuse que conocía perfectamente la historia y yo era la mala de la película, así que dejé de explicarle la historia cuando se dio media vuelta y fue en su búsqueda sin mediar más palabra conmigo.

Biel apareció a lo lejos, con una bandeja en la mano que no se movía ni un centímetro a pesar de los pasos chulescos con los que avanzaba. Vestía con una camiseta roja y unas bermudas negras; tenía la piel muy morena, curtida por el sol y la sal, y el pelo moreno cortado a capa. A pesar de sus gafas de sol, sentí una penetrante mirada mientras se iba acercando a mí, pero no fue eso lo que me hizo estremecer, sino lo increíblemente guapo que era. La forma angulada de su mandíbula, los labios carnosos, una nariz algo cóncava que imponía seriedad a su rostro, un cuerpo

increíblemente torneado por unos músculos perfectos, ni exageradamente grandes ni tampoco pequeños.

-Tú dirás -me dijo secamente cuando lo tuve cara a cara.

-Buenos días, soy Elena Buendía, del bufete...

-Sí, sí, ya sé, la abogada del franchute. ¿Qué quieres? -me preguntó muy fríamente cortando mi explicación.

Me pareció demasiado grosero incluso aunque supiera que yo era la abogada de su enemigo, así que no me dejé deslumbrar por su belleza e intenté resolver mi trabajo de la manera más efectiva y rápida posible para poder seguir con mis planes. Después de todo, yo era una muy buena abogada de un bufete de Madrid que había llegado a la isla a ocuparme de un caso menor, y no podía dejar que un camarero me ninguneara de esa manera.

Le conté brevemente cuáles eran las intenciones de mi cliente y él me escuchó mientras mordía la patilla de sus gafas de sol, permitiéndome así contemplar unos preciosos ojos color verde aceituna.

-Muy bien, escuchada la oferta. No me interesa ni ahora, ni nunca. Se va a tener que joder el francés porque no pienso vender esa parcela -me respondió después de hacerle la oferta más suculenta que le podrían haber hecho jamás por una cantidad de terreno tan pequeña.

-¿No la piensa vender? ¿Ni ahora ni nunca? -le pregunté yo extrañada.

-Sí, eso he dicho. Ni ahora, ni nunca -contestó en un tono muy chulesco.

-Me parece increíble que una persona que acaba de perderlo todo, que no tiene un euro y que trabaja de camarero en un chiringuito de playa, rechace una oferta tan suculenta como la que le hace mi cliente.

Esbozó una sonrisa de perro herido, se cruzó de brazos y arqueó las cejas en señal de que seguía en sus trece.

-No me gustaría ser grosero, señorita, pero, a pesar de todo lo que usted ha dicho, le puede decir al franchute que se puede meter todo su dinero por el culo y cagarlo reproducido por dos, que seguiré diciendo que no vendo.

-De acuerdo, señor Biel -le dije intentando ser la más simpática del mundo a pesar de las palabras que me acababa de soltar sobre mi cliente-. Seguiré por la isla unos cuantos días más; si quiere que hablemos, solo tiene que llamarme.

Le tendí la mano y le entregué una tarjeta como la que horas antes le había dado también a Philippe, cuando aún no sabía que se trataba de mi cliente.

Cuando ya me iba, con los zapatos en la mano para que no se llenasen de arena, me llamó por mi nombre.

-¡Elena! -y yo me giré pensando que había conseguido impresionarle y que iba a conseguir cerrar un trato-. ¿En serio te vienes unos días a la isla para trabajar para este fantoche, te acercas hasta

Las Salinas y no te traes un bikini para pasar el día en la playa?

La pregunta me dejó descolocada. Quizá para la mente de un lugareño vividor, el hecho de tener responsabilidades y tener que darles prioridad ante el ocio era algo que no tenía sentido, pero para mí, obtener un buen resultado en aquel caso, además de mantenerme alejada de Madrid y sin pensar en Germán, era lo principal en mi vida.

-No, señor Biel, no me he traído bikini, he venido a trabajar.

-Pues es una lástima que no te quedes y te pueda ver tostándote en la arena en bikini -me dijo mientras ya me alejaba.

Me fui de la playa con mal sabor de boca. Primero, por no haber conseguido llegar a un acuerdo y tener que decírselo esa noche a Philippe en nuestra cena, que, con esta noticia, no se podría convertir en otra cosa que en una cena de negocios; y segundo, por tener la sensación de que Biel se había reído de mí.

De cualquier forma, nada iba a estropear mi primera noche fuera de Madrid y con un hombre que no fuera Germán. Pasé por la peluquería para que me dejaran guapa; la humedad de la isla me tenía el pelo completamente rebelde y me hubiera sido imposible domarlo con el secador que había en el baño del hotel. Me compré después un bonito y atrevido vestido con unas sandalias de tacón en una tienda cerca del puerto; algo sugerente sin llegar a ser soez, pues no es mi estilo. Cuando hube acabado, me dirigí al hotel y empecé a vestirme y maquillarme. Le envié la ubicación a Philippe cuando estuve lista y le escribí un mensaje diciéndole que me podía recoger a las ocho. Diez minutos más tarde, todavía no había obtenido respuesta y empecé a sentirme insegura. Quizás se había olvidado de la cita; quizás solo me había invitado a cenar para quedar bien, pensando que yo rechazaría la invitación, y después había preferido no aparecer. Me di cuenta en ese momento de cuán insegura me había vuelto después de la ruptura con Germán. Yo jamás había sentido esa desazón, siempre me había considerado una persona decidida, segura de mí misma, y estaba convencida de que todas aquellas alteraciones de mi personalidad eran provocadas por esa ruptura.

Finalmente, Philippe contestó, disculpándose por la tardanza y prometiendo que llegaría poco después de las ocho.

En un principio no le reconocí. Busqué un todoterreno blanco, pero esta vez, Philippe había venido con un biplaza descapotable en negro, otro Mercedes. Me encantó la idea de pasear por la isla en un descapotable, pero no era un gran acierto para alguien que recién ha salido de la peluquería. Llegué al restaurante con el pelo revuelto y encrespado y me sentí molesta el resto de la noche.

Cenamos, hablamos de negocios, pero también sobre nosotros a título personal. Por fin pude averiguar algo más de aquel francés maduro y atractivo que tenía enfrente, de aquel cliente tan

atípico para un bufete como el mío. Philippe estaba divorciado, tenía una hija de ocho años viviendo en Palma de Mallorca con su exmujer, de nacionalidad alemana. Él llegó a Palma con treinta años para trabajar como arquitecto de una constructora francesa. Allí conoció a la que fue su mujer, allí se casaron y allí nació su única hija. Habían pasado ya diecisiete años desde entonces y seguía enamorado como el primer día de las Islas Baleares, de las que no se quería marchar.

Yo no le conté muchos detalles de mi vida privada, sentía vergüenza por lo sucedido con Germán y no quería que Philippe me viera como el elemento débil de aquel binomio, así que le hablé del bufete, de mis clases de golf y de la hípica, de mis padres, de mi hermana y de mis amigas.

-Entiendo, entonces, que no tienes pareja, ¿es así?

-Entiendes bien, ahora mismo no tengo pareja.

-¿Hace mucho que estás soltera? Porque una chica tan interesante y atractiva como tú, si está soltera es porque quiere.

En ese momento sentí como se me hacía un nudo en el estómago. Me entraron unas ganas irremediables de llorar y me costó demasiado contenerme. Con un hilo de voz que apenas pudo salir de mi garganta, le dije que prefería no hablar del tema. Como era de esperar por su elegancia y saber estar, cambió de tema sin necesidad de más explicaciones y no volvimos a hablar de ello.

Después de cenar, nos dirigimos a un famoso club a tomarnos una copa y disfrutar de la noche de Ibiza en un reservado. Bailamos un par de canciones antes de que nos sirvieran las copas, y entonces nos sentamos en la mesa. Allí, teniéndolo tan cerca de mí, me llegaba a cada movimiento suyo el aroma de su perfume, ráfagas que me embriagaban, dulces, provocadoras, y que, inevitablemente, me recordaban a Germán. No quería pensar en él, pero su perfume era similar, aquella noche tan especial con Philippe, tan perfecta, no podía recordarme otra cosa que mi primera cita con Germán, y por mucho que intentaba, no se me iba la idea de la cabeza.

Físicamente no se parecían demasiado. Philippe era un hombre muy atractivo, de pelo rubio y de rojiza piel, sus ojos eran pequeños y estaban adornados por diminutas arrugas alrededor, marca de eternas horas navegando al sol. Germán era moreno, de pelo rizado y tez más bien pálida. Pero sus cuerpos eran atlético y ambos tenían un reconocido buen gusto en sus vestimentas y sus preferencias culinarias, eran exquisitos en sus maneras y parecía imposible no caer rendida a los pies de Philippe como hice con Germán.

Sabía que el momento llegaría, que Philippe intentaría besarme, lo había intuido toda la noche y yo también lo estaba deseando, no voy a negarlo. Pero no podía hacerlo, en el fondo se parecían demasiado y no quería estar viviendo con Philippe algo que me recordara tanto a mi relación con Germán. De hecho, mi cabeza no dejaba de pensar en esos momentos en Germán abrazando a otra mujer. Para más *inri*, no dejaban de llegarme mensajes de mi familia y mis amigas comentando cada una de las noticias que aparecían en la prensa sobre la novedosa pareja. Y aunque me había

propuesto dejar el móvil de lado, y más esa noche, todo había empezado a complicarse en mi cabeza y ya nada me importaba más que saber de Germán.

-Perdona, Philippe -le dije cuando sus labios tocaron mi cuello y su mano acariciaba mi rodilla mientras mi cabeza todavía divagaba con Germán-. No creo que sea muy profesional por mi parte tener una aventura con mi cliente la primera noche. Espero que lo entiendas. No me faltan ganas, de verdad, me pareces un hombre muy atractivo e interesante, pero no me sentiría bien si lo hiciera. Lo siento.

-Hay impulsos que son difíciles de contener, y yo no puedo ni quiero contener mis ganas de besarte, por mucho que sea tu cliente.

Si Germán no se hubiera instalado en ese momento en mi cabeza, no hubiera dudado ni un momento en tener una aventura esa noche con Philippe. De hecho, supongo que le había estado mandando señales toda la noche, señales que ahora él creería que eran confusas o que habían sido para jugar con él. Por suerte, en ese momento me llegó un mensaje al móvil; como lo tenía encima de la mesa, vi en la pantalla iluminada que era Biel. Aparté a Philippe muy sutilmente y me re Coloqué en la silla para concentrarme en la lectura.

-Perdona, Philippe -le dije educadamente-, tengo un mensaje de Biel, podrían ser noticias para ti. *Buenas noches, abogada, espero que tus planes esta noche hayan sido más interesantes que los de esta mañana. Me gustaría verte mañana. Tráeme algo interesante y ya veremos qué hacemos.*

Podría haber leído el mensaje en voz alta, pero preferí hacerme la interesante y leerlo para mí mientras él me miraba interesado.

-Genial, Philippe. Me está pidiendo una nueva oferta. Estaría bien que pensáramos en qué ofrecerle porque, si le interesa, podríamos cerrar mañana mismo. Tendremos que aplazar nuestra cita para otro momento, y quién sabe, quizás podamos celebrar nuestro éxito.

-Me parece bien. Primero los negocios y después el placer. Me gusta esa idea.

Aquel mensaje de Biel me había dado la excusa perfecta para aplazar mi cita con Philippe, a pesar de que me apetecía mucho continuar la noche con él, pero la sombra de Germán era todavía demasiado alargada. Además, el hecho de pensar que quizás resolviéramos el asunto con Biel más pronto que tarde, me daba esperanzas para pensar que, si algo acababa sucediendo entre nosotros, no sería mientras él fuera mi cliente.

Cuando Philippe me dejó en la puerta del hotel, nos despedimos con un tímido beso que rozó las comisuras de mis labios. Enseguida subí a mi habitación, me quité el vestido, me cepillé el pelo que tan incómoda me había hecho sentir esa noche después del paseo en descapotable, me lo recogí en una coleta y me puse bien cómoda con mi pijama antes de sentarme frente al ordenador y trabajar en una nueva oferta para Biel.

Gracias por su interés en mi tiempo de ocio. Ahora mismo estoy trabajando en preparar una nueva oferta para usted, pero sí, mi noche antes de este momento ha sido bastante más interesante.

Mientras escribía ese mensaje, y sin saber por qué, se me dibujó una boba sonrisa en la cara. Recordé su atractivo aspecto, su piel morena, sus carnosos labios mordiendo la patilla de la gafa, aquellos ojos verdes mirándome...

¿Pero para que estás trabajando en nada si ya te he dicho esta mañana que nunca aceptaría ninguna oferta? Anda, no malgastes el tiempo y disfruta de la noche de Ibiza.

No entendía nada. Hacía cuestión de una hora que me había escrito diciendo que le propusiera algo interesante, y ahora me decía que no iba a aceptar ninguna oferta. Aquel chico se estaba riendo de mí, de mi trabajo y mi profesionalidad, y no estaba dispuesta a quedar mal delante de mi cliente ni delante de mi jefe.

No entiendo nada, Biel Derràs. Me ha dicho hace un momento que le propusiera algo interesante mañana para ver si lo aceptaba. ¿Se está usted riendo de mí?

Me quedé mirando el móvil esperando su respuesta con una rabia metida en el cuerpo que cambió mi mueca irremediadamente, pero la respuesta no llegaba. Encendí la televisión y me puse a ver una película en el canal de la Paramount, con la luz apagada y el móvil bien cerca de mí. Sin prestar atención a la película, miraba el móvil cada cinco minutos, pero la respuesta se estaba haciendo de rogar, los dos esperados tics azules no aparecían acompañando al mensaje. Finalmente me quedé dormida, y amanecí tumbada hecha un ovillo sobre la cama con la televisión encendida de fondo. No entendí por qué en un hotel no tenían el apagado automático de la televisión. Eran las siete y catorce minutos de la mañana. Volví a comprobar mi móvil nada más abrir los ojos; había recibido su respuesta hacía tan solo veinte minutos.

Dos cosas, Elena: no me llames de usted, que no me pega, y segunda, no quiero que me propongas nada que tenga que ver con trabajo, quiero que me propongas algo divertido, algo que te gustaría hacer en la isla. Yo me meto en la cama ahora, empiezo a trabajar hoy a las dos así que hasta las ocho no estoy libre. Tienes tiempo de sobra para pensar qué hacer.

Definitivamente pensé que aquel chico se había propuesto reírse de mí, se había hecho una imagen de mi persona que no correspondía con la realidad, al menos, no con mi realidad, y no entendía muy bien por qué, pero aquello me irritaba sobremanera. Aquel chico creía que yo no sabía divertirme, que solo vivía para trabajar, y lo que no entendía era que yo nunca había perdido un caso, y no estaba dispuesta a hacerlo ahora porque él se empeñara en fastidiar mi trabajo, mi viaje y mi vida. No era ya tanto Philippe y su caso lo que me preocupaba, sino que me irritaba que un chico tan guapo como él me viera con esos ojos.

Pero sí, las cosas con Philippe se complicarían en cuanto le dijera que no había sido capaz de llegar a un acuerdo con aquel chico, y que, encima, me había confesado que nunca vendería

aquellos terrenos por nada del mundo.

Durante el día me organicé para reunirme con Philippe. Debía hacerle saber que Biel no estaba dispuesto a vender bajo ningún concepto, por muy alta que fuera la oferta, y que había malinterpretado el mensaje que me había enviado la noche anterior, así que sería mucho mejor que se lo dijera en persona y no por teléfono.

Quedamos a la hora del brunch en un restaurante enfrente del puerto de Ibiza.

-Tengo que comprar esos terrenos. Necesito esos terrenos. Debe haber alguna forma de conseguir que venda.

Me miraba decepcionado. No sabía muy bien si era porque había puesto muchas esperanzas en mi negociación, si la noche anterior le había dado esperanzas malinterpretando el mensaje de Biel, o si era por haber perdido la oportunidad de tener algo conmigo por culpa de aquella idea. Pero yo me sentía mal. Quería demostrar que era buena negociando, que siempre había conseguido grandes acuerdos para mis clientes y que por ello mi jefe siempre había apostado las grandes cuentas conmigo.

Mientras él hablaba de cuáles eran los plazos de construcción y pago del hotel que había proyectado para aquellos terrenos, yo no dejaba de darle vueltas a la manera de conseguir que Biel firmara aquella venta. Y solo se me ocurrió la manipulación emocional. No era la táctica más ética, pero necesitaba ganar ese caso, por mí, por mi bufete y por Philippe.

Acepté quedar con Biel esa tarde. Si él había propuesto verme, sería porque, de alguna manera, estaba interesado en mí. Debía aprovechar esa baza y conseguir mi propósito.

Le di la dirección del hotel para que me pasara a buscar y, sin tener demasiada idea de qué hacer, porque realmente no había pensado en ello, le propuse que me sorprendiera. Por lo general me gusta proponer mis planes, que se note que tengo iniciativa, pero la estrategia era la de parecer frágil ante él y, cuando lo tuviera en el bote, atacar con la firma.

Por cuestiones obvias, no me arreglé de la misma manera para aquella cita a como lo hice para mi cita de la noche anterior con Philippe.

Quedamos a las ocho de la tarde en la puerta del hotel. Apareció montado en una motocicleta de gran cilindrada. Se quitó el casco y lo apoyó en el carenado de esta. El pelo enmarañado, la piel tostada al sol, una sonrisa pícaro y unos ojos brillantes hicieron el resto. Nada más verlo, unas cosquillas incontrolables empezaron a recorrer mi cuerpo de arriba abajo.

-Ponte este casco, te voy a llevar a un lugar mágico.

¿Y si era él el que me quería seducir para conseguir algo? No lo podía consentir. Era un camarero a punto de ser desahuciado. No era el tipo de persona que podía encajar en mi vida, por muy guapo que me pareciera, por muy interesante que me pareciera la aventura que estábamos a punto de vivir juntos.

Me condujo por la carretera hasta el norte de la isla y después se desvió al noreste. Bajamos hacia la costa por unas curvas enmarcadas con innumerables pinos de Alepo, pinos menores, asilvestrados y humildes que dan nombre a las islas Pitiusas hasta llegar a la cala de Benirrás, en un saliente de la isla encaramado a poniente.

-Desde aquí se ve una puesta de sol increíble, al ritmo de los tambores *hippies*. La gente le danza al sol mientras fuman unos porros y beben unas cervezas. Es un lugar muy especial si eres capaz de dejarte llevar.

Y lo fue. Nunca imaginé que podría sentirme tan feliz con algo tan sencillo. La gente danzaba, los tambores cambiaban de ritmo con el movimiento de sol, y, cuando finalmente se ocultó en el horizonte bajo el mar, todo el mundo aplaudió, silbó y gritó. No necesitamos hablar durante ese rato, bebimos una cerveza y él le dio unas caladas a un porro que yo rechacé. No necesitaba estar colocada para disfrutar de aquella maravillosa puesta de sol, no necesitaba nada más para entender que, a veces, las cosas más simples son las más bellas.

Cuando el espectáculo hubo acabado, nos dirigimos hacia una pequeña pizzería que se encontraba en el otro extremo de la playa. Nos sentamos en unas mesas corridas, de madera y con servilletas de papel, en las que ya se habían sentado otros comensales con poca más vestimenta que su bikini o un pareo.

Nos pedimos unas pizzas espectacularmente deliciosas, y me comí la mía entera, sin preocuparme por la dieta o porque se me notará la tripa hinchada con el típico vestido ajustado, ya que me había puesto un mono ancho y unas zapatillas deportivas blancas.

Fue durante la cena cuando empezamos a hablar de nuestras vidas.

-Así que el señorito ese te dejó básicamente para liarse con una tía famosa y con mucha pasta.

-Bueno, no quiero pensar que fue así. Conozco a Germán, o al menos, creía conocerlo, y sé que no se guiaría solo por el dinero en una decisión así.

No tenía muy claro por qué le había contado detalles tan personales de mi vida, pero, realmente me sentía a gusto en su compañía, me daba la sensación de estar cenando con alguien a quien conocía desde hacía mucho tiempo, y, olvidando mis primeras intenciones para aquella noche, me vi disfrutando de aquella conversación, sencilla y cómoda, como hacía tiempo que no disfrutaba.

-Ya veo... y ahora, déjame adivinar, te has colado del francés.

Sentí que me ruborizaba cuando me dijo aquellas palabras.

-No, no me he colado por el francés, ¡qué va!

-Mejor.

¿A qué venía aquello? No me atrevía a preguntar. ¿Me estaría insinuando que quería algo conmigo? No, no podía ser, no teníamos nada que ver. A pesar de lo mucho que había disfrutado de su compañía aquella noche, pertenecíamos a dos mundos diferentes a simple vista, y aquella barrera era muy difícil de salvar.

-Hay muchas maneras de vivir, y si una de ellas te sale mal y sigues eligiendo vivir de esa manera, siempre te va a ir mal.

-¿A qué te referes? -le pregunté intrigada. No sabía si era su corazón o su cabeza la que hablaba en aquellos momentos.

-Si te salió mal tu relación con un pijo ambicioso, ¿por qué te iba a salir bien con otro tipo igual? No me gustó que llamara pijo ambicioso a Germán. Me negaba a creer que su relación con Susana se debiera a la ambición de fama, dinero y poder, y no quería siquiera plantearme haber compartido un año y medio de mi vida con una persona así sin haberme dado cuenta.

-¿Quieres decir que si ahora me liara con un pobre diablo camarero a punto de ser expropiado porque no tiene un euro ni le importa tenerlo, la cosa me iría mucho mejor?

Desde el primer momento en que aquellas palabras salieron de mi boca, ya me estaba arrepintiendo de haberlas dicho. No pareció sentirse dolido por ellas, pero simplemente se levantó de la mesa, se dirigió a la caja, pagó y cuando volvió a la mesa cogió el casco en señal de que había llegado el momento de irnos.

Caminamos, sin dirigirnos la palabra rumbo, a la moto, y aunque me sentía totalmente avergonzada por haber dado aquella opinión sobre él en voz alta, sin tener en cuenta sus sentimientos, no fui capaz de disculparme.

Le agradecí la cena antes de montarnos en la moto.

-No hay de qué. Quizás hubieras preferido un lugar con más clase, porque, quizás me he equivocado contigo y eres mucho más esnob de lo que creía.

A mí sí que me dolieron aquellas palabras, pero me las merecía, así que me tragué el orgullo y no le contesté.

Condujo la motocicleta bajo la luz de la luna y las estrellas a gran velocidad. A cada curva que tomaba podía aspirar la rabia que emanaba de su cuerpo, y me aferraba a él con fuerza, sin ser capaz de pedirle que aminorara la marcha.

Una vez en el hotel, sin poder dormir, decidí buscar su nombre en Internet. Quería ver qué tipo de vida había llevado, con qué chicas había salido, quería ver cómo eran sus redes sociales, a qué dedicaba su tiempo de ocio, y, en definitiva, si era tan transparente como me lo había parecido.

Me engañé a mí misma pensando que todo aquello lo hacía para investigar para el caso, para saber de qué hilo podría tirar para conseguir mi objetivo. La curiosidad iba más lejos del tema profesional y me negaba a darme cuenta.

Biel Derràs era el heredero de uno de los constructores más famosos de la isla, Frederic Derràs, su abuelo. Este había construido el aeropuerto de Ibiza y la mayoría de los locales del puerto, restaurantes y tiendas. Sus padres, Margarida Simó y Nicolau Derràs, murieron en un accidente de avioneta en la isla cuando él era solo un niño, por eso se crio con sus abuelos paternos, y de vez

en cuando con los maternos, que vivían en Mallorca, hasta que estos también murieron. Toda esta información la extraje de artículos de diarios de la isla, ya que sobre su familia había bastante escrito.

Biel no era el pobre camarero que yo había pensado. Esa información tampoco la debía conocer Philippe, si no, no me la hubiera ocultado. Pero ¿qué había sido de su fortuna si le tenían que expropiar unas tierras y su casa? Si tanto le importaban esas tierras y no quería venderlas, ¿por qué no utilizaba alguna de sus otras propiedades para pagar la deuda? ¿Por qué trabajaba de camarero si tenía una fortuna como decía Internet?

Decidí investigar más sobre su familia. Me interesaba conocerle más en profundidad, y aquella información, de una manera u otra, me debía ser útil también para ganar el caso. Después de todo, yo estaba allí para representar a mi cliente, y eso no podía olvidarlo.

Llamé a Philippe para comunicarle lo que había descubierto y que viera así que estaba haciendo mi trabajo. Tenía un día muy complicado, pero me pidió que cenáramos juntos al día siguiente, así me podría dar tiempo para recopilar más información y contársela durante la cena.

Me dediqué concienzudamente a repasar todos los archivos publicados sobre la familia, a buscar información sobre los terrenos en el catastro del ayuntamiento, e incluso, preguntarles a los vecinos que pudieran conocerlos. Después de toda aquella investigación, pude sacar en claro muchos datos.

El abuelo de Biel, viudo desde hacía ocho años, había fallecido tan solo un año atrás, y él había heredado no solo las tierras, sino también todos los negocios.

Los padres de Biel, que habían muerto cuando él contaba tan solo cinco años, cayeron con su avioneta en el norte de la isla cuando el motor de esta falló, y ambos murieron en el acto. Se dirigían a Menorca para asistir a la boda de unos amigos y prefirieron ir en avioneta porque el mar estaba muy picado para ir en el barco, y su madre estaba embarazada. Las tierras en las que cayó la avioneta fueron adquiridas por el abuelo, y todo cobró sentido en ese momento. Esas tierras que Biel había heredado y de las que no pensaba deshacerse por nada del mundo, eran las tierras donde habían muerto sus padres. Era lógico que no se quisiera deshacer de ellas. Además, su abuelo se las había cedido todavía en vida.

Tras conocer toda su historia, me sentí un ser despreciable. Mi único objetivo desde que había llegado a la isla había sido el de ganar el caso, conseguir que Philippe pudiera comprar aquellos terrenos para construir uno más de sus tantos hoteles rurales, sin haberme dado cuenta de que una persona con necesidades económicas hubiera vendido sin dudar aquellos terrenos por la cifra astronómica que Philippe ofrecía. Si Biel no accedía a hacerlo era porque, para él, las cuestiones familiares, los temas personales, eran mucho más importantes que el dinero, y yo no lo había sabido ver. Quizás, tampoco supe ver en Germán al ser ambicioso que parecía ser.

Me puse un bikini, unos vaqueros cortos y una camiseta, cogí las llaves del coche y me dirigí

hacia la playa de Las Salinas.

Biel todavía no había empezado su turno cuando llegué, así que me quité la ropa y me tumbé al sol escuchando música, y en poco rato me quedé dormida. Había pasado las últimas horas investigando y el cansancio pudo conmigo.

De repente noté una sombra que se interponía entre mi piel y el abrasador sol del mes de junio, cosa que agradecí. Abrí un ojo como pude y lo vi allí, de pie, observándome. Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos, hasta que reaccioné y me incorporé rápidamente.

-¿Has venido a disfrutar del día, o tienes algo que decirme? -me preguntó.

-Un poco de todo.

-Pues te aconsejo que te des crema, este sol quema con facilidad.

Y dio media vuelta y se fue. Me quedé con dos pares de narices, pero, si pretendía que saliera corriendo detrás de él y que siguiera sintiéndome mal por lo que le había dicho en Benirrás, no lo iba a conseguir fácilmente. No pensaba volverme a mostrar frágil ante él. Yo le había abierto mi corazón y me había mostrado vulnerable explicándole mi desconsuelo, y él no había sido capaz de darme los motivos por los cuales nunca vendería aquellos terrenos.

Se volvió a acercar quince minutos más tarde, ya con el uniforme rojo y negro que llevaba el primer día que le vi.

-Dime lo que tengas que decirme ahora, empiezo mi turno en cinco minutos y, hoy, como ves, va a ser un día duro.

-Simplemente te quería preguntar por qué has permitido que te expropiaran tus tierras si eres el heredero de uno de...

No me dejó acabar la frase. Se dio la vuelta y se marchó dejándome con la palabra en la boca.

-¡Biel! -le llamé un par de veces, sin entender su brusca reacción. Al ver que no respondía, finalmente me levanté y salir corriendo tras él. Le cogí por el brazo y le obligué a darse la vuelta.

-¿Qué coño te pasa? ¿Por qué me dejas con la palabra en la boca?

-¿Qué problema tienes tú con el dinero, Elena? -me preguntó muy molesto.

-¿Perdona? ¡No tengo ningún problema con el dinero! ¿A qué viene eso?

-Deja de investigarme, a ti no te importa si tengo dinero o si dejo de tenerlo, de dónde lo saco o dónde lo meto.

Su respuesta me dejó paralizada. No acababa de entender si me hablaba desde el aspecto profesional o personal, y me sentí humillada.

-Perdona, Biel, pero esta investigación ha formado parte del caso que estoy llevando. Simplemente quería saber por qué te expropiaban las tierras, por qué no querías vender las que Philippe te quiere comprar, si tienes dificultades económicas. Tú no me has explicado ni los motivos ni las razones, y me sentía muy confundida al respecto.

-Esas tierras pertenecen a mi familia por una cuestión mucho más importante que la construcción

de un hotel, es un lugar sagrado para mí, y ahí no se debería construir nada. ¿Por qué me han expropiado las tierras? Porque hace años que decidí no vivir del dinero de mi familia y sacarme las castañas del fuego, ser independiente. Los meses de invierno en la isla son muy difíciles, y no he podido hacerme cargo del pago durante tres meses, pero esas tierras y esa casa no deberían haber salido a subasta sin avisarme, no por tener un impago de tres meses. Lo que pasa es que tu querido cliente lleva años tras ellas y el director de mi sucursal es un gran amigo suyo. Lo han amañado todo, me han dejado con el culo al aire ambos, pero esas tierras no las van a poder aprovechar si yo no vendo mi pequeña finca, cosa que no pienso hacer. ¿Te sirven ahora estos motivos y estas razones para dejar de investigar y no seguir dándome por culo?

Sin esperar a mi respuesta, miró su reloj y se dio media vuelta. No me dio oportunidad a réplica, pero no pude dejar de pensar en sus palabras. Sus acusaciones eran graves. Quería investigar cómo había sido esa subasta, y, para hacerlo, solo tenía que esperar a la cena con Philippe. Intentaría sonsacarle toda la información posible sin que se diera cuenta de que lo hacía en beneficio de Biel, porque, por algún motivo, desde aquel mismo momento las tornas habían cambiado, y mi objetivo en la isla sería el de ayudar a Biel.

Dentro del bufete, Mabel se había encargado en los últimos años de la fusión de dos grandes entidades bancarias y conocía perfectamente el funcionamiento interno de los bancos. Por ello me puse en contacto con ella para que me informara del procedimiento a seguir para que un banco pudiera sacar a subasta una propiedad por impago. Roberto, otro de mis compañeros, era especialista en derecho inmobiliario y me podría informar del tiempo que se requería para que una propiedad fuera subastada y se otorgaran las licencias necesarias para construir en ese terreno, teniendo en cuenta que Philippe ya contaba con esas licencias.

Además de trabajar, aproveché para disfrutar de la isla en solitario. Comí exquisitamente en restaurantes de gastronomía típica de la isla, visité calas salvajes y naturales a las que pocos se atreven a llegar o que pocos conocen. Me bronceé, dejé que la sal se adhiriera a mi piel y me secara las puntas del pelo, disfruté flotando en las aguas cristalinas dejándome llevar a la deriva mecida por las suaves olas de su costa en calma, y, lo mejor de todo, fue que no pensé en Germán para nada, que nadie me habló de él, que nadie me escribió sobre él y me sentí liberada.

Por fin llegó la noche de mi segunda cita con Philippe, la cual afrontaba de una manera muy diferente a la primera. Me alegré de haber sabido frenar a su debido momento y no haber cometido el error de acabar entre los brazos de Philippe, desesperada por mi tristeza por la ruptura con Germán.

Philippe me pasó a recoger de nuevo en su descapotable, pero esta vez, habiendo aprendido la lección, me hice un moño alto. Me puse un vestido mucho más sencillo y unas sandalias planas.

-Te has vestido muy casual hoy. Quizás debería haberte dicho a donde íbamos.

-¿Y a dónde vamos para no poder ir así vestida? -le pregunté algo ofendida.

-Pues vamos a cenar a bordo del yate del delegado del gobierno insular.

Me pareció muy interesante la idea. Quizás de esa cena podría sacar cosas en claro, así que acepté y nos dirigimos hacia el puerto de Ibiza, donde el delegado tenía atracado el barco.

Embarcamos en un precioso yate que, a pesar de ser de los más sencillos del puerto, era una maravilla de más de cincuenta metros de eslora. Allí nos esperaba el delegado, al que me presentaron nada más llegar, su mujer, y otra pareja formada por inversores de los negocios de Philippe.

Zarpamos hasta anclar el barco frente a Es Vedrà, y allí un camarero nos empezó a servir la cena. Langosta y ostras acompañadas de un champagne Bollinger de 2015.

-En cierta manera, Xavier y María son también tus clientes, Elena.

-¿Sí? ¿Por qué lo dices? -le pregunté intrigada.

-Porque ellos son los inversores principales del hotel rural que queremos construir en los terrenos que hemos comprado en la subasta, así que, lo que tú consigas para mí, lo estás consiguiendo también para ellos.

-¿Y por qué son tan importantes esos terrenos? Quiero decir, ¿por qué allí y no en otro lugar, con los terrenos que hay en Ibiza?

-No, en Ibiza no hay mucho terreno edificable y a buen precio. La isla está muy protegida, y cuando uno consigue un terreno, se tiene que lanzar al agua y sin salvavidas, por muy brava que sea.

Aquellas palabras salieron de la boca del delegado, que, probablemente, estaba también metido en aquel negocio, y, siendo amigo personal de Philippe y de los inversores, posiblemente avisaba cuando aparecía una subasta.

-Tengo entendido -me aventuré a intervenir- que para que una propiedad salga a subasta, debe haber un impago prolongado, una sentencia judicial, y que la deuda no se pueda pagar de ninguna otra manera, ni con dinero, ni con sueldo, ni con joyas u obras de arte. Por lo que tengo entendido, Biel Derràs es el heredero de un importante constructor de la isla.

Los tres se miraron sin articular palabra, y entonces Philippe puso su mano sobre la mía.

-Tú, lo único que debes saber es que hay que conseguir que ese muerto de hambre venda, ¿verdad chicos? -dijo sonriendo y dirigiéndose a la pareja de inversores.

-Pero entonces, su abuelo...

-Brindemos porque esta adorable e inteligente abogada conseguirá que abramos nuestro futuro hotel en el norte de Ibiza -me interrumpió de nuevo.

Estaba claro que no les interesaba que me enterase de cómo habían conseguido que aquellas propiedades salieran a subasta; no debía tratarse de un negocio demasiado legal. A mí no debería haberme importado, yo estaba allí para hacer mi trabajo, para cumplir con mi caso, tener a mi jefe

contento y aumentar mi bonus anual, mantenerme ocupada y sentirme importante para que quitarme de la cabeza a Germán fuera más sencillo, pero había algo que me decía que lo que me había llevado a aquella isla era más importante que todo eso.

Después de la cena y alegando un fuerte mareo debido al movimiento del barco, volví para el hotel sin la compañía que Philippe creía que tendría. Escribí un mensaje a Biel diciéndole que quería verle, que necesitaba hablar con él, que estaba dispuesta a ayudarlo con el tema de las tierras, que se olvidara de ofertas, que no trataba de eso.

Quizás me estaba equivocando y estaba cometiendo un error incorregible dentro del mundo de la abogacía, pero, hasta la fecha, nunca me había tocado defender a alguien a quien yo creyera que se lo merecía. Mis casos eran de compras de activos, fusiones de empresas, adquisiciones y demás temas de negocios. Nunca me había encargado de la compra de unos terrenos en los que la parte propietaria no quisiera vender por unos motivos tan personales, y, de pronto, entendí que los abogados debemos existir no para defender a quien más nos pague, sino a quien más lo necesite.

¿Y qué ganas tú con eso? Tendrás a tu francés cabreado si haces eso. ¿Se trata de alguna trampa?

Para nada. Déjame que te lo explique en persona.

Después de ese mensaje hubo un silencio durante algunos minutos que se me hizo eterno. Un nudo de nervios en la boca del estómago hacía que sintiera pinchazos por el simple hecho de inspirar y expirar. Se me pasaron por la cabeza mil ideas, todas ellas negativas. Pensé: «¿Y si todo esto es una prueba de Philippe para comprobar que puede confiar en mí? ¿Y si ha sido una prueba de mi jefe y no existe tal cliente y todos son actores? ¿Por qué me estoy metiendo en la boca del lobo de esta manera? ¿Por qué no lo dejo estar y sigo con el que era en principio mi objetivo para este viaje?».

De repente: escribiendo...

Estoy en casa. ¿Te importa pasarte por aquí?

Mientras leía el mensaje, ya estaba cogiendo el bolso y las llaves y en unos segundos estaba saliendo de la habitación.

Poco más de veinte minutos separaban mi hotel de la casa de Biel, pero los últimos tres kilómetros estaban plagados de curvas, había que ir con cuidado por la noche. Recordé la vuelta de la cala de Benirrás la noche de nuestra cita, a gran velocidad en su motocicleta y yo agarrada a su cintura, y mi cuerpo se estremeció.

Giré a la derecha y me metí por un estrecho sendero que daba a su casa, aparqué en la puerta, piqué al timbre y enseguida abrió.

-Vienes muy guapa -me dijo cuando me vio con el mismo vestido y las mismas sandalias con las que había cenado en el yate.

-Gracias, y gracias también por atenderme a estas horas.

-Si realmente lo que tienes que contarme puede salvar mis tierras, me da absolutamente igual la hora que sea. Entiendo que eres una chica que lleva la obligación y la pasión por el trabajo hasta el extremo.

-Sí, debe ser eso -le dije intentando crearme a mí misma.

Me senté a su lado y empecé por el principio. Le conté a quién había conocido aquella noche, con qué personas se relacionaba mi cliente, cuáles habían sido las palabras del delegado del Gobierno y el interés que había mostrado Philippe por que dejara de investigar sobre el tema. Le pregunté a Biel por el juicio celebrado en referencia a la subasta de sus tierras, por las cartas que había recibido del banco previamente a la subasta, por la celebración de la subasta propiamente dicha, cuánta gente pujó por sus tierras, cuánto duró la subasta...

Demasiada información, demasiados papeles por leer y demasiadas notas que tomar. Necesitábamos un trago para pasar todo aquello.

Entre los dos, creímos descubrir una trama de adjudicaciones de terrenos y de expropiaciones cuando me explicó el caso de otros dos conocidos suyos a los cuales les había sucedido algo muy parecido.

-Debí sospechar que algo raro estaba pasando con los terrenos cuando Marcel y Miquel me contaron que a ellos les había sucedido algo similar.

-Mi deber ahora es el de preguntarte por qué no subsanaste la deuda con dinero u otras posesiones de la herencia de tu abuelo -me atreví a volver a preguntar a pesar de saber que quizás él respondería de la misma manera que lo había hecho en la playa. No es que estuviera interesada en el dinero que tuviera o que dejara de tener, pero me causaba curiosidad y quería entender por qué dejaba que su vida se desmoronara de esa manera si podía disponer de una herencia para subsanar sus errores económicos.

-No tengo herencia de mi abuelo.

Me lo había imaginado. Pasó por mi cabeza la idea de que había dilapidado la herencia que su abuelo le había dejado y ahora se veía sin nada, y por ello, con más razón, quería mantener la única finca que le quedaba de la familia.

-¿Cómo que no tienes herencia de tu abuelo si era un hombre...? En fin, entiéndeme, no quiero hablar de dinero, pero creo saber que te dejó una herencia sustanciosa.

-La herencia está, como se suele decir, en stand by. No puedo tocar nada.

-¿Algún otro caso de corrupción o algo así? -pensé por asociación, ya que su abuelo era constructor.

-No, nada de eso, mi abuelo era un hombre muy honrado. Si hizo fortuna fue porque fue un hombre muy trabajador, y a él todo el mundo lo adoraba en esta isla. Él sabía hacer las cosas correctamente, como muy pocos han sabido por aquí, ni sabrán nunca. Simplemente se trata de algo más personal. A su muerte, descubrí que mi abuelo tenía dos hijos fuera del matrimonio, cosa

que nunca contó a nadie a pesar de la relación tan cercana que tuve siempre con él, y ahora esos dos hombres reclaman parte de su herencia. No es que me niegue a dársela, pero para esto sí que hay que hacer comprobaciones y la ley va bastante lenta.

Jamás hubiera imaginado que se tratara de algo como aquello. Él, el único heredero de un importante imperio, de repente se veía sin acceso a lo que legalmente le pertenecía, y a su vez, y quizás más importante para él, se veía traicionado por la persona con la que había compartido toda su vida, que le había criado y al que había tratado como a un padre.

-Vaya, lo siento. No por el dinero ni por los trámites, si no por descubrir que la relación con tu abuelo no era tan especial como te pensabas. Entiendo cómo te sientes.

-¿Sí? ¿Y eso? -me preguntó extrañado.

-Bueno, mis padres se divorciaron cuando yo tenía ocho años, y desde entonces no creo haber visto a mi padre más de una vez al año. Rehízo su vida enseguida, tuvo otra hija y, posiblemente, esa hija fue más importante para él de lo que jamás lo fui yo. De pequeña pensaba que yo era especial para mi padre, que me quería por encima de todo y que siempre iba a estar ahí para mí. Pero pronto descubrí que todo aquello era una fantasía, y recuerdo que me dolió. Mucho. Ahora ya no, lo tengo superado, pero supongo que descubrir a esta edad que te han engañado tiene que partir el corazón.

Hasta esa fecha, jamás le había contado a nadie cómo me había sentido a raíz del abandono de mi padre. Nunca les hablé a mis amigas sobre aquellos sentimientos, ni cuando era niña, ni tampoco cuando crecí. Nunca quise mostrar cuán vulnerable y frágil era, lo poco que le llegué a importar a una de las personas más importantes de mi vida, ni cómo esa relación con él marcó también la relación con mi madre.

Tampoco a Germán le hablé de la relación con mi padre, simplemente sabía que no la había, y tampoco nunca se mostró interesado en saber el porqué. Quizá a él le gustaba, en cierta manera, sentirse mi padre, mi protector, que yo era su niña pequeña, que dependía de él, que le adoraba y le necesitaba, y por ello nunca quiso saber demasiado de mi padre.

Cuando Biel se acercó y me besó, mi cabeza vagaba pensando en Germán, pero aquel beso lo eliminó al instante. Me concentré en sentirle, sentir sus manos acariciando mi nuca, su caliente lengua jugando con la mía, su olor a piel tostada al sol, el tacto de su pelo enmarañado, de su incipiente barba.

Nos unió desvelar nuestros sentimientos jamás contados, conectamos como dos almas que se hubieran conocido en un pasado no concreto y por azar se hubieran vuelto a encontrar. Por eso hicimos el amor con cariño, lentamente, sin prisa, pero sin pausa. Acarició cada rincón de mi piel, me besó en cada parte de mi cuerpo y me erizó la piel como hacía tiempo que no me sucedía. Los escalofríos recorrían mi cuerpo como si me sumergiera en agua gélida y mis músculos fueran

incapaces de responder. No fue una relación sexual cualquiera, no buscaba el placer entre sus brazos, aunque me hiciera rozar el cielo, era algo que iba más allá.

Nos quedamos tumbados en el sofá durante un rato, acariciándonos y hablando de nosotros mismos.

-Me gusta tu pelo.

-Y a mí el tuyo, estos nudos que tienes son muy sexis.

-Tienes una piel muy suave y tersa, no como la mía, que es áspera.

-Tu piel no es áspera, está curtida por el sol, es muy sensual -le dije mientras le acariciaba el pecho.

-Así que te parezco sexi y sensual... mmm, ¡te tengo en el bote, morena!

Reímos a carcajadas hasta que mi tripa empezó a rugir como un león hambriento.

-¡Vaya! Tienes razón, barriguita, qué maleducado soy. ¿Quieres comer algo?

Y de nuevo empecé a reírme sin control, en parte por la vergüenza que me daba que mi barriga me hubiera delatado, y en parte porque encontraba a Biel encantador y muy divertido.

-Tranquilo, no hace falta que traigas nada, ya he cenado.

-Supongo que a bordo de ese yate te han dado bien de comer, pero son las dos de la mañana, a estas horas a todo el mundo le entra hambre. ¿Quieres algo de fruta?

-Bueno, algo de fruta te acepto.

Se levantó y, después de trastear un rato en la cocina, volvió con un bol lleno de arándanos, cerezas y fresas que colocó sobre mi barriga para después tumbarse de nuevo a mi lado, recostando su cabeza en la palma de su mano.

-Los frutos rojos son buenos después del sexo.

-¿Y eso por qué? -le pregunté curiosa.

-No sé, me lo acabo de inventar, pero seguro que alguien ha hecho un absurdo estudio sobre ello y ese ha sido el resultado extraído, como si hubiera algo malo después del sexo.

De nuevo volvimos a reír a carcajadas. Comimos durante un rato, él de mi mano y yo de la suya, mientras seguimos hablando. De vez en cuando colocaba un arándano en mi ombligo y me lo arrancaba como si fuera a comerme, me hacía reír sin parar. ¿Qué pasaría después de aquella noche? ¿Volveríamos a quedar algún día o no lo volvería a ver más? ¿Podría ya volver a sentir algo semejante con alguien?

Tenía en su torso y en su brazo nombres y fechas tatuados que yo acariciaba con la yema de mis dedos.

-¿Quiénes son? -le pregunté.

-Son los nombres de mis padres y la fecha de su accidente, la fecha de la muerte de mi abuela y la de mi abuelo, y este de aquí es el nombre de una exnovia que significó mucho para mí. Me dio por tatuarme nombres -me dijo mientras yo seguía acariciando su pecho y sus abdominales.

-¿Y qué fue de esa novia que significó tanto para ti? -le pregunté curiosa y con algo de celos.

-No eres la única que te has equivocado en la vida. Quizás el día que me hablaste de tu exnovio me sentí tan identificado con esa situación, que quise que te sintieras como yo. No sé, a mí me hubiera gustado que alguien me hubiera abierto los ojos cuando me dejó.

-No sé, si no me cuentas más detalles, no sé en qué se puede parecer tu historia a la mía. Sigo pensando que Germán no era ambicioso, al menos no cuando yo le conocí. Si me dejó por otra, quiero creer que lo hizo porque se enamoró de ella perdidamente -le dije.

-Mi caso estuvo claro con el tiempo, al menos así lo veo. Es cierto que cuando me dejó no fui capaz de verlo. Después de casi tres años de relación, tres años durante los que fui siempre fiel, tres años durante los cuales me sentí el hombre más afortunado del mundo, creía tener la mejor novia del mundo, la más guapa, la más lista, la más simpática, la mejor amante, la más fiel, la más todo. Ella estudiaba diseño de interiores y pertenecía a una familia bastante humilde de Mallorca. Yo se lo pagaba todo con el dinero de mi familia. Vivía en casa conmigo y con mi abuelo, con servicio, teníamos un buen coche, viajábamos, siempre teníamos nuestro reservado en las mejores discotecas, salíamos a navegar con el barco de mi abuelo, cenábamos y comíamos en los mejores restaurantes, y todo nos iba de maravillas. Cuando murió mi abuelo y me enteré de lo de sus hijos ilegítimos, decidí prescindir de todo lo que me había legado; su dinero, sus coches, su casa... De todo ello podría haber seguido disfrutando mientras se dictaba sentencia sobre el caso, pero me sentí tan defraudado, me dolió tanto el corazón cuando me enteré, que decidí que esa decisión era la que más justicia hacía a mis sentimientos. Pero a Patricia no le hizo ninguna gracia. Cuando decidí ponerme a trabajar para ganarme mi propio sustento, tuvimos una pelea monumental, como nunca. Cuando vio que se acabaron los bolsos de Gucci, los reservados en Pacha, las cenas en Sa Nansa y los paseos en BMW, se volvió una persona distante, nunca tenía un beso o una caricia para mí, siempre estaba cansada y había veces que hasta mi presencia la incomodaba.

En ese momento hizo una pausa mientras miraba por la ventana y se mordía los labios por dentro.

- Entonces, llegó un día a casa y me dijo que se había acabado, que ya no estaba enamorada de mí. Tu ex tuvo la valentía de decirte que se iba con otra, pero ella no. La lloré muchos días y muchas noches. La llamaba y ella no contestaba, no sabía dónde se había ido a vivir y sufría por ella. No sabía si tenía dinero para comer y por eso empecé a buscarla. Simplemente quería que no le faltara de nada, si ella lo necesitaba, estaba dispuesto a darle lo que hiciera falta. Pero no, ya no me necesitaba. A veces es sorprendente lo pequeño que puede ser el mundo y cómo puedes llegar a encontrarte con alguien a pesar de que pretenda esconderse.

-¿Te la encontraste con otro? -le pregunté, aun sabiendo a ciencia cierta que la respuesta sería sí.

-No exactamente.

-¿No? -le pregunté sorprendida-. ¿Entonces qué pasó?

-Me la encontré con otra. Se estaba besando con una chica.

-¿No me digas?! -dije realmente sorprendida-. ¿Y qué hiciste? ¿Le dijiste algo o te fuiste?

-Obviamente, me acerqué. Me quedé parado frente a ella hasta que me vio, y entonces, cuando pude ver esa mezcla de sorpresa y terror en su mirada, me acerqué hasta estar frente a ella. Intentó darme explicaciones, excusarse por no haberme cogido el teléfono, incluso pedirme perdón por todo ello, supongo que por el hecho de haberla pillado con otra chica también, pero no quise escucharla. Me mostré sereno, feliz por verla feliz, y después me marché. Entonces fue ella la que intentó hablar conmigo buscándome, llamándome insistentemente durante semanas, pero no se lo cogí; no me localizó porque me fui a Menorca y a Barcelona unas semanas.

-Bueno, pero ella no te mintió. Quizás no se había dado cuenta de que le gustaban las chicas hasta que lo dejasteis.

-Si a mí no me importaba haberla visto con un chico o con una chica.

-Claro, me imagino -respondí yo.

-A mí lo que me importó fue cuando averigüé que esa chica llevaba en su vida desde antes de conocerme a mí. Era una amiga de Mallorca que siempre tenía problemas y a la que Patricia había tenido que ayudar económicamente muchas veces a lo largo de nuestra relación. Investigando, di con ella, y fue ella misma la que me corroboró que tenía una relación con Patricia casi desde la adolescencia, y que Patricia se había estado aprovechando de mí para sacarme todo lo posible para ambas.

-¿Y si aquella historia se la inventó esa tipa para joderme? No sé, digo yo. A mí se me presenta la ex de una pareja en plan investigación, y quizás sería capaz de inventarme una historia macabra solo para joderla.

-Podría haber sido así, pero no. Te repito que yo ya había oído hablar de ella, yo le había dado dinero a Patricia para ayudar a su amiga, dinero que nunca volvía. Nunca lo hubiera dicho hasta aquel momento, pero parecía que sí, que había sido su pagafantas. Así que sí, que estuve con una persona mentirosa y ambiciosa que se estuvo aprovechando de mí hasta que pudo, y cuando ya no pudo, me abandonó.

-No creo que Germán se aprovechara de mí, los dos teníamos lo mismo -le dije intentando defenderme de la acusación de pardilla.

-Claro, los dos teníais lo mismo, pero la tía con la que está ahora tiene más...

Quise dar por cerrada aquella conversación, no me apetecía estar hablando en aquellas circunstancias de Germán, no quería defenderlo ni tampoco acusarlo de nada, y después de conocer la historia de su ex, tampoco me apetecía saber más detalles de aquella relación.

-¿Y ese otro tatuaje? -le pregunté señalando un garabato que tenía en la parte interior del bíceps.

-Pues no te lo vas a creer -me dijo e instantáneamente se puso sonrojó y se empezó a reír.

-¡Cuéntamelo! -le exigí muy intrigada.

-Un día, en la ducha, después de pillarme una buena borrachera, cogí el bote de jabón, lo abrí, y

eché un poco en la esponja. Se dibujó sin querer una forma que me pareció increíble, así que fui a por el móvil, le hice una foto, y le dije a mi tatuador que quería ese dibujo.

Después de contarme la historia, con una media sonrisa dibujada en los labios, me miró interrogativamente, esperando una respuesta.

-¿Me tomas el pelo, no? -le pregunté yo como respuesta.

Entonces estalló en una carcajada tan fuerte que hasta se cayó del sofá. Yo le miraba sin saber qué hacer.

-Te juro que no me he inventado nada. Así de borracho estaba y así de loco estoy.

Nos entró un ataque de risa que agravamos con cosquillas y que desembocó en una nueva sesión de besos y mordiscos, de sexo alocado, sudor y gemidos.

Nos quedamos dormidos y amanecemos abrazados, enganchados por el sudor. Me incorporé sigilosamente para dirigirme a la ducha y entonces él abrió un ojo.

-Espero que no pretendas marchar sin decir adiós.

-No, pensaba ducharme sin pedir permiso. No sé qué es peor para ti.

-Lo peor es que quisieras ducharte sin mí.

Si alguien me hubiera dicho que mi viaje a Ibiza daría ese giro inesperado, no lo hubiera creído. Por fin pude disfrutar de Ibiza como me apetecía hacer desde que había llegado a la isla. No me separé de Biel durante los dos días siguientes. No trabajé, desconecté totalmente, no atendí llamadas ni mensajes, no investigué; en definitiva, no hice otra cosa que no fuera estar con él y disfrutar de su compañía. Y es que, por algún motivo incomprensible para mí, estar a su lado me hacía sentir feliz de una forma que no creía haberlo sido nunca.

Eran mis dos últimos días en la isla y estaba claro que aquel caso estaba perdido, pero no me importaba. Disfruté de Biel y con Biel, y aquello era lo que verdaderamente me importaba en esos momentos. Me sentí yo misma, sin disfraces ni ataduras, sin complejidades ni planes rebuscados. Un trozo de pan con queso y una copa de vino me parecían un manjar a su lado; tumbarme en la arena desnuda a darme un baño de sol, el mejor plan del planeta, y sentir su tacto y su aliento constantemente, una suerte. No quería que todo aquello acabase, pero sabía perfectamente que, más pronto que tarde, esos dos días llegarían a su fin.

-Mañana sale mi avión a las 13.30, tengo que volver ya a Madrid. Mi trabajo, mi familia y mis amigos me esperan. Debo pensar qué hacer con el ático que compartía con Germán, en el que, de momento, sigo viviendo yo. Cerraré este caso en cuanto llegue y, si tú quieres, llevaré ante el tribunal la subasta ilegal de tus propiedades.

-¿Es posible que no vuelva a verte? -me preguntó apenado.

-¿Por qué preguntas eso? No me voy a la Patagonia, me voy a Madrid. Vuelvo a mi casa porque allí me espera mi antigua vida, la vida con la que tengo que seguir porque mi economía depende

de ello, pero podemos vernos cada vez que quieras, yo no quiero dejar de verte. He pasado a tu lado los mejores momentos que recuerdo desde hace mucho tiempo.

-Vuelves a esa vida de la que querías escapar cuando viniste aquí. Recuerda lo que te dije, hay muchas formas de vivir, puedes cambiarla cuando quieras. Supongo que cuando saliste de Madrid no pensabas que fueras a pasar los mejores momentos desde hace tiempo aquí, conmigo, pero existe una felicidad alternativa, solo tienes que estar dispuesta a abrirle las puertas.

Sí, existía una manera de vivir a su lado que me había hecho feliz esos días, pero no podía dejarlo todo en Madrid para quedarme en Ibiza, sin trabajo, compartiendo casa con alguien a quien acababa de conocer, y si no lo luchaba, ni eso, porque si nadie lo impedía, su casa iba a ser expropiada con o sin el terreno que él no estaba dispuesto a vender. Si había alguien que podía evitar aquello, era yo, y solo por ese motivo debía volver a Madrid.

Nos despedimos en el aeropuerto, sabiendo que no era un adiós sino un hasta pronto, pero, aun así, aquella despedida dolía. Nos dimos abrazos en silencio, eternos, fundiéndonos el uno con el otro. Nos besamos y prometimos llamarnos todo lo que nos fuera posible. Atravesé el punto de control y, cuando me di la vuelta, allí seguía, esperando mi último adiós.

No hacía más de diez minutos desde que habíamos despedido, cuando ya todo lo vivido en Ibiza me parecía un sueño. ¿Sabes de esos sueños que, cuando despiertas, te parecen tan reales que te hacen dudar? En este caso era una sensación contraria. Todo lo que había vivido, desde el primer momento que llegué a la isla hasta el último, antes de embarcar, me parecía tan insólito, sorprendente y asombroso, que no sabía si había vivido un sueño del que me acababa de despertar.

Cuando aterricé en Madrid y encendí el móvil, tenía llamadas perdidas de mi jefe y un mensaje ordenándome que me pasara por la oficina *ipso facto*, sin más especificación. No quise llamarle hasta no estar dentro de un taxi, necesitaba sentarme para aguantar el chaparrón que estaba segura de que me iba a caer. Cuando me senté en el asiento trasero de aquel taxi Lexus que me llevaría derecho a la oficina, marqué su número para averiguar a qué se debía tanta urgencia.

-No entiendo qué ha pasado, Elena, pero Philippe Lamere cree que nuestro bufete le ha tomado el pelo y nos quiere poner una querrela -me dijo muy exaltado.

-Buenos días a ti también. Sí, el viaje bien y la estancia, fenomenales, gracias.

-No estoy para tonterías, Elena, de verdad -me respondió él muy serio.

-Solo quería quitarle hierro al asunto, tranquilízate, Pedro, y cuéntame con detalle qué te ha dicho.

-Me ha dicho que no se puede jugar a dos bandas y que eso tiene dos nombres posibles, o conflicto de intereses o estafa.

-¿Y por qué cree que he jugado a dos bandas?

-No lo sé, Elena, no me ha querido decir nada más. Estaba realmente enfadado y me ha colgado

el teléfono. He intentado ponerme en contacto otra vez con él y no me ha contestado a la llamada. No tengo ni idea de lo que has hecho, pero me temo que ya esté tomando acciones contra nosotros.

No tuve que pensar demasiado para imaginar qué había sucedido. Biel estaba furioso con Philippe y sus socios, se sentía ninguneado por aquella pandilla de ricachones sin escrúpulos que habían tratado de robarle en las narices y de malas maneras lo que le pertenecía. Pensé que, en cuanto nos despedimos en el aeropuerto, Biel no tardó en dirigirse a las oficinas de Philippe para contarle todo lo que habíamos averiguado y la querrela que estábamos a punto de ponerles, para pagarles con la misma moneda, sin darse cuenta de que así había puesto en peligro mi trabajo y también el resultado de esa operación. Así que no dudé en llamarle, y, con toda la rabia que recorría en esos momentos mi cuerpo, marqué su teléfono.

-¿Ya has llegado? ¿Todo bien? -me preguntó él nada más descolgar.

-No, todo bien no, Biel -le dije muy secamente-. ¿Has ido a hablar con Philippe para contarle todo lo que descubrimos, verdad? -le pregunté con un tono de voz muy irritado.

-¿De qué me hablas, Elena? No he hablado con nadie -contestó él muy contrariado.

-Tienes que haber sido tú, sino ¿cómo se ha enterado de que he estado jugando a dos bandas? Esto puede acabar con mi carrera profesional, puede acabar con las posibilidades que teníamos de ganar tu caso.

-¿En serio, Elena? ¿Te inspiro tan poca confianza? ¿Me crees tan tonto como para hacer algo así? Veo que ni siquiera te ha cabido la menor duda, has dado por hecho que me había comportado como un cretino. Un abogado debe confiar en su cliente, porque ya veo que eso es lo único que soy para ti ¿verdad?

Colgué indignada, creyendo que tenía la razón ineludiblemente. Él se había ofendido porque se había dado cuenta de que había hecho mal, pero no había otra opción, debía haber sido él y en mi cabeza no entraba otra opción. Pero cuando llegué al bufete me enteré de la verdadera historia.

-Ya he podido volver a hablar con él -me dijo Pedro, mi jefe, en cuanto me vio entrar por la puerta. Me dirigí a una sala de reuniones y cerró la puerta tras de sí.

-Philippe ha ido a despedirte esta mañana al aeropuerto porque hacía un par de días que no sabía de ti, y te ha visto enrollándote con el propietario de las tierras. ¿Te has vuelto loca, Elena? Nos va a poner una demanda. Has metido al bufete en un lío. ¿Cómo se te ha podido ocurrir una idea así? Primero, no ganas el caso, un caso que, de primeras, parecía facilísimo; y segundo, te lías con el chaval al que nos enfrentamos. Creí que habías ido a Ibiza a despejarte, a descansar y a estar tranquila, pero parece que has conseguido todo lo contrario. Yo lo siento mucho, Elena, pero en esta situación voy a tener que prescindir de ti.

-Pedro, llevo diez años en este bufete. ¿De verdad me abandonas así?

-Es lo mejor para los dos, Elena.

Era mi segundo abandono en un mes. Ya nada peor me podía suceder.

En ese momento me quedé en shock, no supe ni pude reaccionar. Me hubiera gustado chillarle a Pedro, preguntarle qué clase de jefe y compañero era si a la mínima de cambio me dejaba tirada, preguntarle si él nunca se había enamorado en medio de un caso, porque lo que yo sentía era precisamente eso, que me había enamorado de una persona a la que tan solo una hora antes había acusado sin pruebas de haber destrozado nuestros planes. ¿Me estaba quejando de Pedro cuando yo había hecho algo peor con Biel? Tenía que reparar aquel desaguisado, porque la única culpable de todo lo que había sucedido no era otra persona que yo.

Intenté llamar a Biel para pedirle perdón, pero no me cogió el teléfono. Repetí la misma operación cada cinco minutos, pero no obtenía respuesta. Entré en mi despacho intentando no cruzarme con nadie, recogí mis cuatro cosas y me fui a mi casa. Tuve que esquivar un par de preguntas de compañeros haciendo ver que tenía mucha prisa. Aquel no era el momento para despedirme. Al llegar a mi precioso ático, también allí empecé a hacer las maletas para mudarme a otro piso más modesto, no podría seguir pagando aquel ático yo sola y sin trabajo. Me senté en el sofá y lloré todo lo que no había llorado hasta ese momento por todo lo que me había sucedido en el último mes. Marcos de fotos, toda mi ropa, libros y menaje de cocina. Un par de maletas y cuatro cajas de recuerdos de un tiempo pasado en el que había sido feliz, en el que jamás creí verme en la situación en la que me veía en ese momento. Y es cierto que, a veces, la vida nos da lecciones. Lecciones para no acomodarnos, ni con nuestras parejas ni en nuestros trabajos. Lecciones para aprender a no juzgar a la gente, ni por su buena ni por su mala apariencia. Yo acababa de aprender muchas lecciones de golpe, y me sentía agotada mentalmente, como me sucedía en la facultad cuando acababan los exámenes.

A pesar de que Biel no me cogiese el teléfono, no quería sentir que había perdido mi trabajo en balde. Quizás mi relación con él había quedado en eso, en una aventura de fin de semana en Ibiza porque yo no había sabido valorarlo ni había confiado lo suficiente en él. Después de todo, parecía que sí que era una niña pija con prejuicios. Pero si Pedro había decidido prescindir de mí en el bufete para no causar un conflicto de intereses con su cliente, que fuera por una buena causa.

No me quise dar por vencida porque ya nada me impedía demandar a aquel banco y dar parte de todas las irregularidades que estaban teniendo lugar en la isla con la venta de terrenos.

Escribí un mensaje a Biel para que estuviera enterado de lo que pretendía hacer, y de paso, pedirle perdón por no haber confiado en él, ya que intuí que aquel sería el único medio para que me escuchara, o en este caso, para que leyera lo que tenía que decirle.

Hola Biel. Supongo que a estas horas estarás trabajando. Te he llamado y no me lo has cogido. Entiendo que no quieras hablar conmigo, estarás enfadado porque no he confiado en ti. Ahora ya sé toda la verdad y me siento totalmente avergonzada por las cosas que te he dicho. De verdad, lo siento mucho. Puedes pensar que ahora es fácil pedir perdón, ahora que sé toda

la historia y sé que tú no has tenido nada que ver, y tienes razón. Ahora es fácil, lo difícil hubiera sido confiar sin pruebas, sin conocer la historia.

Simplemente quería pedirte perdón, y quería decirte que voy a seguir adelante con la denuncia al banco por el tema de la subasta. Llevaré todas las pruebas ante un juez para que investiguen el caso. Ahora que he perdido mi trabajo, tengo todo el tiempo del mundo para dedicarle a este caso, y pienso ganarlo.

Si quieres que hablemos, ahora o en cualquier otro momento, ya sabes dónde encontrarme

Después de escribirle aquel mensaje y antes de ponerme a trabajar en lo que realmente me importaba en ese momento, me metí en Internet para buscar pisos de alquiler. Necesitaba un lugar donde dormir, no podría soportar tener que compartir techo durante mucho tiempo con mis padres. Hacía más de cuatro años que había salido de casa por primera vez para estudiar aquel semestre del máster en Londres, y al volver a Madrid me había ido a vivir con mi amiga Sofia. De aquel piso compartido tan acogedor y en el que viví tan buenos momentos, salí para compartir mi precioso ático con Germán. No estaba dispuesta ahora a volver hacia atrás como los cangrejos, pero, mientras no tuviera un nuevo trabajo, no podía gastarme los cuatro euros que tenía ahorrados más los cuatro que me tocarían de la indemnización, en el alquiler de un piso. Si no encontraba trabajo pronto, de hecho, me sería muy difícil mantenerme con lo que me iban a dar de paro.

Después de echar una ojeada rápida por aquella página de inmuebles y comprobar que el mercado de los alquileres estaba muy mal en Madrid, cerré el portátil algo desesperada y con dolor de cabeza. Volví a coger el móvil para llevarme una nueva desilusión: Biel no había contestado mi mensaje, aunque tenía los dos ticks azules.

No tenía hambre, no tenía sueño ni tampoco tenía ganas de ponerme a deshacer maletas para colocar las cosas en su correspondiente sitio, a pesar de que sabía que mi madre no tardaría más de veinticuatro horas en llamarme la atención por ello. Así que lo que hice fue volver a abrir el ordenador y ponerme a trabajar.

Pasé toda la noche y la mañana siguiente preparando la querrela contra el banco de Biel, contra Philippe y sus socios, y, por qué no, contra la Gobernación de Ibiza. Quería presentarla cuanto antes y revertir la compra de los terrenos y la casa por irregularidades en la expropiación y la subasta. No dormí, tampoco comí. Le pedí ayuda a un par de amigos con los que mantuve largas conversaciones telefónicas para no cometer ningún error. Estaba completamente convencida de que una querrela como aquella, a la mínima irregularidad que presentara, la tirarían para atrás. Por esa razón trabajé en ella muy concienzudamente hasta las doce de aquella misma noche. Aprovechando que mis padres se habían ido de cena, abrí una botella de vino, pedí comida de un restaurante hindú, llené la bañera hasta arriba y por fin pude relajarme.

Todavía no había recibido noticias de Biel. Me hubiera encantado, en ese momento, haberle escrito un mensaje, o, mejor aún, haber podido hacerle una videollamada para que brindara

conmigo por el trabajo realizado, para que me viera desnuda en la bañera y soñara conmigo, con tocarme, con estar a mi lado como habíamos estado tan solo unos días antes. Pero parecía que todo aquello quedaría en el recuerdo, y que solo volvería a mí en forma de sueño.

A la mañana siguiente, descansada después de haberme tomado una Dormidina 12,5 mg para poder dormir a pierna suelta sin preocuparme de nada, cogí un taxi en la puerta de casa de mis padres y me planté en la puerta del juzgado antes incluso de que abrieran.

Cuando estaba presentando la querrela ante el Juzgado de Instrucción número 2, me sobrevinieron unas ganas horribles de llamar a Biel para poder darle la noticia. Necesitaba compartir con alguien lo que acababa de suceder y no conocía a nadie mejor que él para hacerlo.

Y cuando mis ya fuerzas no podían más, cuando estaba buscando el móvil en el bolso para quitarme ese malestar de encima y, al menos, marcar su teléfono para que viera reflejado en la pantalla de su móvil mi nombre, este empezó a sonar. Casi se me para el corazón cuando vi su nombre en la pantalla. No atinaba a descolgar el teléfono y por un momento pensé que se cortaría la llamada y no tendría más oportunidad de hablar con él.

-¡Por fin, Biel! Gracias por llamar. Estaba preocupada, no sabía si me perdonarías y...

-Vale, Elena, tranquila -me interrumpió él-. Siento no haberte llamado antes. Estaba haciendo algo importante para lo que necesito tu ayuda.

-¿Mi ayuda? -pregunté extrañada-. Tú dirás.

Mientras aquellas palabras salían de mi boca, debo reconocer que a mi cabeza le dio tiempo a imaginar mil situaciones diferentes. Y, en todas ellas, Biel me necesitaba como abogada. Podía haber matado a Philippe, podía haberle quemado los hoteles, las viñas, podía haberle sacado de la carretera con el coche, podía haber allanado su casa en busca de los papeles, podía...

-Necesito que vengas a buscarme al aeropuerto de Madrid.

Esbocé una sonrisa mientras mis piernas se paralizaban y buscaba un lugar donde sentarme.

-¿Me estás diciendo que estás en Madrid?

-Así es, eso mismo te estoy diciendo.

-¿Y se puede saber qué haces aquí? -le pregunté mientras me era imposible contener una carcajada que tuve que tapar con la mano para que la gente que pasaba a mi alrededor no me mirara.

-¿Por qué no me lo preguntas en persona? Que estoy aquí ya, en la terminal 4, ven a buscarme y te cuento.

Efectivamente, colgué el teléfono y cogí un taxi de vuelta a casa de mis padres. Una vez allí, cogí mi coche rápidamente y me dirigí por la M11 hacia el aeropuerto. Estaba muy nerviosa. Biel no me había querido explicar nada por teléfono y yo no hacía más que darle vueltas al tema. ¿Habría venido para verme? No, no creo, nuestra última conversación fue una disputa y ni siquiera me había contestado el mensaje. ¿Habría venido porque necesita mi ayuda? Quizás, pero hubiera sido

mejor idea buscarse a un abogado en la isla, o, al menos, si está enfadado conmigo, a otro que no fuera yo. Entonces, no está enfadado conmigo. ¿Podrá ser entonces que haya venido para verme? ¡Vale, ya, Elena! Deja de darle vueltas al tema, que en unos minutos saldrás de dudas. Céntrate en la carretera que, si tienes otro accidente, ya serían dos en menos de un mes.

Cuando me aproximaba a la zona de llegadas, lo vi de lejos. Llevaba unos vaqueros medio rotos, una sudadera anudada a la cintura y una camiseta blanca con un dibujo negro. Del hombro le colgaba una pequeña mochila y a sus pies descansaba otra maleta. Su pelo revuelto, su piel morena y el brillo de sus ojos que se distinguía desde la lejanía ya, me hicieron entender rápidamente que no era más que con él con quien quería estar, y que, hubiera venido a lo que hubiese venido, tenía que hacer lo imposible para que se quedase conmigo.

Cuando bajé del coche, no supe muy bien cómo reaccionar. Volteé el coche para ir en su búsqueda, y después de mirarnos durante unos segundos, fue él quien se lanzó a mis brazos. Fue él quien me besó apasionadamente, como llevaba días soñando.

-Perdóname por no haberte contestado el mensaje, quería darte una sorpresa.

-Pues me la has dado, sin duda, pero me has hecho sufrir.

-¿Sufrir? ¡Anda ya! No te creo.

-Pues claro que sí -le respondí mientras le daba un ligero puñetazo en el hombro en señal de enfado.

-Yo también lo pasé mal con tu acusación. Creí que ... bueno, ¡qué más da! Lo importante es que estoy aquí, que has venido a buscarme, que estamos juntos y que eso es lo que ambos queremos, ¿verdad?

-Verdad -respondí mientras me veía reflejada en sus iris-. Y, además, tengo una muy buena noticia para ti. Monta en el coche que te la voy contando de camino a... ¿A dónde vamos? - pregunté cuando me di cuenta de que no tenía ni idea de para qué había venido, ni por cuánto tiempo, ni dónde pensaba alojarse.

-Llévame a algún hotel que te guste, uno en el que te puedas sentir cómoda, porque ahí nos vamos a quedar tú y yo. Si no tienes otros planes mejores, claro.

-Mi plan para las próximas semanas, o meses, era el de quedarme en casa de mis padres, así que creo que no tengo nada mejor que hacer.

Una vez en el coche, de camino al hotel Cuzco, que había elegido por la proximidad con la casa de mis padres, donde tendría que aparecer de vez en cuando para evitar preguntas incómodas y para recoger ropa y enseres de belleza, le expliqué, primeramente, todo lo sucedido en el bufete. Le conté que había recogido todos mis trastos del ático que compartía con Germán y lo había abandonado, no sin antes avisarle mediante WhatsApp para que se ocupara del cese definitivo del

contrato. Finalmente, le informé de los avances en el tema de la querrela que habíamos pensado interponer juntos, que eran tales que ya estaba interpuesta.

-¿No me digas? Ese jefe tuyo no sabe lo que ha hecho. Se va a perder a una gran abogada por culpa de ese imbécil de Philippe.

-No pasa nada, encontraré algo, seguro.

-No me cabe la menor duda.

Tras pasarle el informe pormenorizado de lo que había incluido en la querrela, fue cuando habló él. Me daba miedo que llegara ese momento, lo reconozco, porque no tenía ni idea de cuáles eran sus intenciones, y, aunque no quisiera, mi cabeza, inconscientemente, se había montado su propia película. No quería llevarme una desilusión si mis expectativas eran más altas de lo que él pretendía, y no contemplaba la posibilidad de que fuera al revés.

-Te preguntarás para qué he venido a Madrid.

-No, para nada -le dije en plan jocoso para intentar quitarle hierro al asunto.

-Pues nada, entonces no te lo cuento.

-¡Era broma! ¡Venga, va, cuenta!

-Está bien. -Hizo una pausa más larga de lo normal-. Me gustaría que te vinieras a vivir a Ibiza conmigo. Ahora mismo, quitando tu familia y tus amigos, no hay nada que te ate a Madrid, y te separaría de ellos un vuelo de una hora. Yo también podría venirme, pero estoy a la espera de la resolución de mi herencia, que es inminente. En cuanto se resuelva, tendré que hacerme cargo de mis propiedades, y he pensado que no tengo necesidad alguna de seguir trabajando en un bar. No sé qué quería demostrarme con eso, pero ya lo he hecho, y ya está bien. Me gustaría poder montarme mi propio negocio, algo que, a lo mejor, nos gustase a los dos, y así tener los dos un trabajo asegurado.

Mientras aquellas palabras salían de su boca, algunas muy pausadas y otras demasiado aceleradas, me iba dando cuenta de que cualquier cosa que hubiera imaginado se había quedado corta al lado de aquella proposición.

Si alguien me hubiera dicho un mes atrás que un chico ibicenco estaría en esos momentos proponiéndome lo que me estaba proponiendo Biel, y que yo me sentiría por ello la persona más agraciada y feliz del planeta a pesar de haber perdido mi trabajo y de haber tenido que dejar mi estupendo ático, le habría tomado por loco. Por un completo y absoluto loco. Pero aquello estaba sucediendo, y era así como me sentía. Tenía ganas de llorar, de gritar, de abrazarle y de besarle, de reír y de saltar.

-Sí. Te digo que sí y mil veces sí. No necesito ni tu dinero ni un negocio. Simplemente me iría contigo a donde fuera y como fuera.

-Bueno, pero la idea del negocio ayuda ¿no? ¿Te parece buena idea?

-Me parece una idea maravillosa que ya puliremos más adelante.

No tenía ganas de pensar en ningún negocio en aquel momento. Simplemente quería besarle sin parar, quería subir con él a la habitación del hotel y hacer el amor con él una y otra vez para sentir el tacto de su piel, su sudor, su saliva, su calor.

Pasamos una maravillosa semana en Madrid, sin separarnos; lo hacíamos todo juntos. Cocinamos en la pequeña cocina del apartahotel más de lo que yo había cocinado en mi vida; él era un experto cocinillas y me enseñó muchos trucos que yo desconocía. Paseamos cogidos de la mano como cuando era una adolescente, fuimos al cine, al karaoke e incluso a los recreativos. Creí que ese tipo de sitios ya ni existían.

Hacíamos el amor a todas horas y en cualquier lugar, nos dejábamos llevar por la pasión sin importarnos demasiado nada de lo que sucediera a nuestro alrededor. Me sentía querida, me sentía grande, importante para alguien, irradiaba luz y energía positiva. Aquello sí que era felicidad verdadera. Hasta mi madre se dio cuenta de esa luz, de esa sonrisa perenne dibujada en mi cara, de esa ensoñación estando despierta.

-¿Dónde andas a todas horas y con quién, hija?

-Viviendo, mamá.

-¿Viviendo? ¿A qué te refieres?

-Pues que me dedico a vivir, a ser feliz.

-No, eso no hace falta que lo jures, andas como flotando entre algodones y no se te ve el pelo.

La propuesta que me había hecho Biel era, sin duda, mi mejor proyecto de futuro, pero quedaban muchos cabos por atar. Tenía que pensar cómo decírselo a mis padres. Además, teníamos la querrela pendiente y él debía cerrar el tema de la herencia para poder materializar su nuevo sueño y dejar atrás su trabajo de camarero. Por todo ello, aunque me hubiera gustado haber hecho la maleta aquella misma semana y haberme marchado con él en aquel avión, debíamos hacer las cosas bien, sin apresurarnos para después no tener motivos por los que arrepentirnos.

Fue una semana increíble, y cuando tuvimos que separarnos, prometimos mantener un contacto muy estrecho.

-En cuanto hable con mis padres y tenga las primeras noticias sobre la querrela interpuesta, si se admite a trámite o no, solo con eso, te prometo que haré las maletas y me plantaré allí.

-No tengas dudas de que allí te estaré esperando con los brazos abiertos.

-Iré hasta Denia en coche y allí embarcaré en un ferry.

-Claro, así te puedes llevar tu coche.

Nos despedimos con un caluroso abrazo y mil besos que nos supieron a poco, besos que antes de que pudiera subir al avión ya estaba echando de menos.

Aproveché ese tiempo sola de nuevo para pensar en ideas de negocio. Biel me las pedía cada dos por tres y me aportaba las suyas propias. Entre los dos hacíamos muy buen equipo, no solo a

nivel personal, sino también a nivel profesional.

Me reuní con algunas de mis mejores amigas para contarles mi aventura ibicenca y anunciarles mi partida.

-No me puedo creer que se te haya ido la olla de esa manera, Elena -me dijo Sofia muy sorprendida.

-¿Por qué se me ha ido la olla?

-Sí ¿por qué se le ha ido la olla? -preguntó Mabel-. Yo lo que creo es que se ha enamorado perdidamente, que ha vivido la aventura de su vida, la maravillosa historia romántica que a todas nos gustaría vivir, y punto.

-Me parece muy bien, pero debería quedar ahí, en eso, en una aventura. No tienes por qué llevarlo más allá, no tienes por qué cambiar el rumbo de tu vida de esta manera.

-No creo que esté cambiando el rumbo de mi vida a lo loco, simplemente estoy llevando a cabo unos cambios que no solo se deben a haber conocido a Biel, se deben también a que Germán me abandonó y a que me han despedido del trabajo.

-¿Pero no te das cuenta de que todo esto va unido?

-Sofia ¡por favor! ¡Claro que va unido! Si Germán no la hubiera dejado, seguramente nada de esto hubiera sucedido, pero esto es como la teoría del aleteo de una mariposa, esa que dice que ese leve movimiento puede hacer cambiar el mundo. Pues eso es lo que ha pasado aquí: el hecho de que Germán la abandonara ha provocado una ola de sucesos, algunos buenos y algunos malos, pero, desde luego, que haya conocido a Biel solo puede ser algo bueno -argumentó Mabel.

-O no. Me refiero a que tomar la decisión de dejarlo todo e irse a Ibiza con él puede ser otro de esos aleteos de mariposa y desencadenar catástrofes.

-O triunfos, alegrías, logros -dije yo.

-Vale. Vosotras ganáis. Espero que esta sea la mejor aventura de tu vida y que todo te salga genial -sentenció Sofia y las tres reímos y brindamos con nuestras copas de vino blanco.

Aquellas palabras de Sofia se habían instalado en mi cabeza y zumbaban como una abeja cada dos por tres desde aquella conversación. Echaba de menos a Biel, de eso estaba segura, pero ¿estaba enamorada? ¿Le conocía lo suficiente como para emprender una aventura tan inmensa como aquella? Mabel quería ver el lado positivo y romántico de la historia, al igual que yo, pero quizás era cierto y me estaba precipitando.

Aprovechando esos días de espera, estuve investigando sobre temas de herencias, de los que conocía muy poco. Necesitaba mantenerme ocupada para no pensar demasiado en mi decisión. Intenté averiguar cómo se podían agilizar los trámites de herencias en casos como el de su abuelo, en el que había pruebas de paternidad de por medio, y mi estudio me llevó a muchos más casos de famosos de los que hubiera imaginado. Lo que no me imaginaba era que, estando en ello, recibiera la noticia de la resolución.

Aquella mañana, la llamada de Biel se hizo de rogar. Solía darme los buenos días sobre las ocho y media, pero ya eran las diez y no había recibido noticias suyas. Cuando, por fin, aquella llamada lo explicaba todo.

-Ya lo tenemos, Elena. Ya están los resultados de las pruebas de paternidad, y, con ellos, la lectura definitiva de la herencia.

-Me alegro mucho, Biel.

-Más me alegro yo, Elena. Nunca debí desconfiar de mi abuelo, nunca debí pensar que nos había ocultado algo tan importante como aquello. Pero es que tampoco nunca imaginé que hubiera gente tan rastrera que estuviera dispuesta a mentir con algo tan importante como la paternidad para conseguir dinero.

-¿De verdad? No sabes cómo me alegro, Biel. Te sorprendería cuánta gente miente para conseguir tajada de una herencia.

-Le mintieron a él, y eso es lo que más me duele, que se fuera a la tumba pensando que había tenido dos hijos a los que no había cuidado como debía.

-No pienses en ello ahora y disfruta del momento.

-*Carpe diem*, ¿verdad?

-Exactamente.

-Pues quiero disfrutar del momento contigo. ¿Cuándo piensas venirte a Ibiza?

Yo lo estaba deseando, era cierto, pero había algo que me frenaba. Llamémosle miedo, llamémosle pena. Tenía sentimientos muy fuertes por él, pero no estaba segura de que fuera amor lo que sentía. Quizás lo que había dicho Sofía no era una tontería, quizás hay actuaciones que es necesario pensarlas con algo más de detenimiento.

-En cuanto sepamos algo de la querrela cojo un ferry, te lo prometo.

-¿Has hablado con tus padres?

Me hubiera gustado haber podido mentir, pero fui incapaz.

-No, todavía no les he dicho nada.

En ese momento, se hizo un silencio.

-¿Estás ahí, Biel?

-Sí. Yo sí. ¿estás tú ahí, Elena?

-Yo sí. ¿Qué pregunta es esa?

No le podía decir que, después de una conversación con una amiga, me habían entrado algunas dudas, así que simplemente me excusé.

-En cuanto sepa algo de la querrela, todo cambiará.

-¿Es muy importante esa querrela para ti? ¿Tanto como para quedarte en Madrid por mucho más tiempo?

-No creo que lleve mucho más tiempo, Biel, pero sí, sí que es importante. Quiero velar por tus

derechos, y ya no solo por tus derechos, sino por los derechos de todos aquellos que se han visto en una situación como la tuya y no han tenido a nadie que los defendiera y por esa razón lo han perdido todo.

Biel volvió a enmudecer.

-Tienes razón. Perdóname, Elena, lo haces por mí, lo haces por mucha gente que ha pasado por esa situación y por aquellos a los que puedes evitar pasar por ello. Soy un egoísta. Has perdido tu trabajo por toda esta historia, y yo todavía desconfío de ti.

No me sentía bien. No sabía si estaba siendo totalmente sincera con él o había utilizado el hecho de tener que ayudarlo como una excusa. ¿Por qué ahora resonaban las palabras de Sofía dentro de mí y se me clavaban como dagas sembrando mis dudas?

-Sofía, quiero hablar contigo -le dije en cuanto descolgó el teléfono.

-¿Qué te pasa? -me preguntó nerviosa y extrañada.

-Desde nuestra conversación el otro día, tengo dudas con respecto a mi viaje a Ibiza.

-Ja, ja, ja, ja -rio ella al otro lado del auricular.

-¡No te rías, que es muy serio!

-¡Perdona! Ya sé que es muy serio, pero es que no me puedo creer que la aventurera romántica dispuesta a vivir maravillosos logros ahora se sienta insegura.

-¿Crees que es normal?

-¡Obvio que es normal! Apenas lo conoces. Tienes que abandonar tu ciudad, dejar atrás a tus padres y tus amigos para vivir en una isla, aunque ¡vaya isla!

-Sí, la idea de vivir en Ibiza, por un lado, me parece maravillosa; playas increíbles, fiesta, sol, pero, por otro lado, amo Madrid y me duele dejar mi ciudad atrás.

-No creo que fueran mis palabras las que te hayan hecho replantearte la idea, entonces. Es mejor que lo pienses bien antes de tomar esta decisión.

Aquella misma tarde volví a recibir una llamada de Biel. Había estado pensando en diferentes proyectos en los que podía invertir y que resultarían un buen negocio para llevar entre los dos. Había estado buscando arquitecto para hacer reformas en su casa y ampliarla. Todas noticias buenas, todas noticias que me incluían en su vida, pero que no contaban conmigo para nada. ¿De verdad quería todo aquello?

-¿Estás segura de lo que vas a hacer Elena? O mejor dicho ¿estás segura de que vas a hacerlo? No veo que te haga ilusión nada de lo que te estoy contando ¿Quizás me estás mareando la perdiz?

Me dio en ese momento un ataque de risa nerviosa, me hizo gracia la expresión y el hecho de no saber muy bien qué responder me dio por tener esa reacción que, por supuesto, a Biel no le sentó nada bien, y después de algo así como un gruñido, colgó sin decir nada más.

Me hubiera gustado contarle todo lo que me rondaba la cabeza en aquellos momentos, todo lo que sentía por él y ese choque de sentimientos; decirle que le agradecía todos los planes que

estaba haciendo conmigo en su vida y en los que me incluía incondicionalmente, pero no pude.

Traté de llamarle de nuevo, pero quizás era demasiado tarde.

Intenté hacer planes normales durante el resto de la semana para no pensar en la gran equivocación que había cometido. Quedé con mis amigos, volví al club de golf para jugar y relacionarme con aquellos a los que hacía tiempo que no veía. Hasta me emborraché y bailé como una loca en una discoteca hasta el amanecer. Pero nada me devolvía la alegría y la felicidad que había sentido a su lado, y parecía que, finalmente, todo aquello quedaría en una simple aventura, como Sofía había vaticinado.

Sentada en la terraza de un bar en la plaza de Chueca, bebiendo una copa de vino verdejo con mi madre después de una tarde de compra, recibí una llamada que me haría cambiar el punto de mira. Se había detenido el proceso de expropiación de las propiedades de Biel y se iban a investigar las irregularidades, todas, no solo las suyas, también las actuales y las pasadas. Me informaba de todo ello el que había sido mi jefe, ya que, al haber continuado ejerciendo la defensa de Philippe, había recibido la resolución de la querrela antes incluso de que yo me enterara.

-Tengo algo que contarte, mamá.

-¿El qué?

-Me voy a vivir a Ibiza.

Aquella era la señal que necesitaba para emprender el vuelo, para sentirme finalmente realizada, para entender que no podía dejar Madrid sin antes haber cerrado aquella puerta, sin haber sido una buena abogada y haber sido útil quizás por última vez. Aquella resolución me dio la energía positiva y las fuerzas que necesitaba para lanzarme a contarle a mi madre todo lo vivido en Ibiza, la historia de Philippe, y, sobre todo, la historia de Biel.

-Ahora entiendo que te despidieran, hija.

-¿Estás enfadada conmigo, mamá?

-¿Cómo voy a estar enfadada? Creo que hiciste lo correcto, que desarrollaste las labores de abogada para lo que realmente son necesarios los abogados, para luchar contra las injusticias. Me siento muy orgullosa de ti.

-Y con respecto al tema de Biel, ¿qué piensas?

-¿Qué quieres que te diga, Elena? ¿Que no te vayas? ¿Qué estás cometiendo una locura? No, hija, no te voy a decir eso. No tengo ni idea de cuánto puede durar vuestra historia, pero lo que está claro es que, si no lo intentas, nunca lo averiguarás.

Abandoné mi vida monótona y plana en Madrid que un día creí feliz, me despedí de mi gente, mis padres y mis amigos, de mi hípica y mi campo de golf, y decidí iniciar una nueva vida en Ibiza con tan solo dos maletas como equipaje y mis pocos ahorros. Creí ciegamente en aquel amor que me ofrecía una manera diferente de vivir, que me hacía sentir una persona totalmente renovada.

En poco menos de veinticuatro horas después de conocer la noticia, me planté en el puerto de

Ibiza con mi coche camino a casa de Biel. Había intentado ponerme en contacto con él para informarle del resultado de la querrela, pero no obtuve respuesta. Quizás era un poco arriesgado plantarse en su casa directamente, pero ¿qué mejor manera de darle la noticia y de que entendiera mis intenciones?

Conduje por aquella carretera por la que había conducido apenas un mes antes por otro motivo totalmente diferente, y en treinta minutos me planté en la puerta de su casa.

Me temblaba todo el cuerpo, estaba nerviosa y sentía miedo a la vez. Me costó mantener la mano lo suficientemente quieta como para llamar a la puerta. Pero valió la pena. Todo valió la pena cuando pude al fin ver su cara de sorpresa. Una cara de alegría, una cara que lo decía todo.

-Hemos ganado, lo hemos conseguido, y por eso ya he sido capaz de dejar atrás Madrid y todo lo que esa ciudad conlleva para mí para...

No pude ni acabar la frase. Antes de darme cuenta, ya estaba entre sus brazos, me había alzado hacia el cielo con todas sus fuerzas y me estaba besando sin control.

-¡No me podrías haber hecho más feliz! -me decía, y de esa manera me hacía también a mí la persona más feliz del mundo.

-Me alegro de que estés feliz.

Sacamos mi equipaje del maletero del coche y lo instalamos en una de las habitaciones. Ya tendría tiempo para colocar mis cosas en la que sería mi nueva casa.

-Nos quedaremos aquí mientras no tengamos nuestra propia casa. Quiero que tú elijas conmigo dónde quieres vivir, si quieres un piso, una casa, en qué lugar vivir, o si quieres reformar esta. No voy a tomar yo solo esa decisión cuando va a ser nuestra casa.

-Me alegra saberlo, aunque, de momento, aquí estaremos bien.

-Ya hablaremos más adelante de negocios y de todo lo que quieras. Déjame ahora disfrutarte y disfrutar de este momento. *Carpe diem*, mi amor.

Hace unos meses que estoy ya instalada, y nunca imaginé que las cosas fueran a encaminarse de esta manera. En cuanto corrió la voz por la isla de lo que había conseguido con los terrenos de Biel y de otros afectados, no me faltó el trabajo de abogada defendiendo a expropiados.

Al recuperar los terrenos y la casa de Biel, nos pareció buena la idea de Philippe y empezamos a tramitar los permisos para convertir esa casa y esa finca en un hotel rural.

Nos mudamos a Ibiza ciudad, a un precioso apartamento con vistas en el que he instalado mi despacho. Biel se ocupa de todos los asuntos relacionados con la construcción del hotel

Soy muy feliz junto a él, en la isla, más de lo que hubiera imaginado nunca. Mi vida es ahora un torbellino de emociones, de sensaciones y cada día vivo algo nuevo y diferente.

Sofía se alegra mucho de haberse equivocado y Mabel me envidia cada minuto de su vida. Solo le compensa el hecho de que la invite cada dos por tres a venir a Ibiza.

-¿No te arrepientes en ningún momento de haber dejado Madrid? -me preguntó el otro día Biel, de repente.

-Para nada. No podría ser más feliz.

-¿Ni siquiera pensando que quizás, ahora que Germán y la empresaria han roto, tú podrías ir a programas de televisión a contar vuestra historia y hacerte famosa?

Lo miré con ojos pícaros y una sonrisa de medio lado antes de estallar en una carcajada. Y es que la noche anterior habíamos visto en televisión, mientras cambiábamos de canal, la noticia de la ruptura de la feliz pareja. No me alegré por ello, ni mucho menos, ya que, si aquella historia no hubiera sucedido, yo no hubiera podido vivir la mía propia.

Tomar decisiones drásticas en la vida puede resultar complicado, puede dar vértigo. A veces son los prejuicios o el ambiente en el que se haya crecido lo que nos hace seguir un estilo de vida u otro. Pero durante esos días de mi vida aprendí que, si quieres que tu vida tome otro rumbo, no hay mejor manera que dejarse llevar por la corriente.

Sobre la autora

Nací en Barcelona en 1982 y cursé en esta ciudad los estudios de Magisterio de lengua inglesa. Empecé a trabajar como maestra en 2005, la que ha sido mi profesión hasta la actualidad.

En 2012 me mudé a Madrid, donde resido y he formado mi familia.

Empecé a escribir relatos breves y novelas cortas siendo una niña. Siempre me apasionó la lectura y el mundo de la literatura, y era un sueño para mí poder dedicarme a ello. En noviembre de 2018, por fin, publico mi primera novela, "De las cenizas renacerás", un thriller psicológico que, junto con tener a mi hijo y plantar un árbol, hace que me sienta una persona totalmente realizada. Con "En el fondo del armario" he podido experimentar con otro tipo de literatura y disfrutar investigando con el fin de documentarme para ella. Espero poder dejar de soñar y disfrutar de una realidad que nunca deje de transportarme al mundo de la fantasía.

Me ha hecho muy feliz ganar este concurso literario en 2020, ya que es el primero que gano a pesar de que llevo muchos años ya escribiendo.

Espero que, el hecho de ganar este premio, me dé más visibilidad y se me empiece a conocer un poco más.

¿Quieres conocerla mucho más a fondo?

No te pierdas la entrevista que le hicimos al recibir el premio:
<https://www.kamadevaeditorial.com/entrevista-con-laura-marquez-ganadora-del-concurso-kamadeva/>



Un viaje sin retorno

Berkley, Annabeth

98 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando Jade Maxwell sorprende a su novio en la cama con otra mujer solo piensa en irse bien lejos. Más furiosa que humillada decide aprovechar las vacaciones navideñas para visitar a sus padres y olvidarse de todo.

A Parker Wallace parece que la inspiración le ha abandonado. No encuentra la manera de concentrarse ni de escribir una sola línea para su nueva novela y el tiempo apremia. Por eso cuando una guapa desconocida le pide que la lleve en coche en un viaje de cuatro días, no encuentra ninguna razón para negarse.

Jade huye del amor. Parker ni se lo plantea.

¿Serán capaces de concederse una nueva oportunidad, aun cuando ninguno está seguro de quererla?

¡Descarga tu copia y disfruta de la historia de amor de una de las hermanas Maxwell!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Añade amor a la receta

Aband, Anne

170 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurriría si tuvieras que trabajar al lado de un hombre al que detestas?

Mónica, cocinera youtuber, desea trabajar en el restaurante con una estrella Michelin, así que acepta el trabajo sin saber que el chico con el que se ha enrollado hace pocos días, va a ser su enervante jefe.

Diego está paralizado, al ver que ella va a ser su nueva cocinera. ¿Podrá ocultar su identidad? Siempre odió llevar mascarilla, pero esta vez, salvará su pellejo. ¿O no?

Descubre en esta romántica novela de la autora best seller Anne Aband como dos personas tan incompatibles pueden acabar unidas por su pasión.

¿Cocinas con ellos?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

CONDENA PACTADA

LA CÁRCEL DE CRISTAL

CRISTINA G.



kamadeva

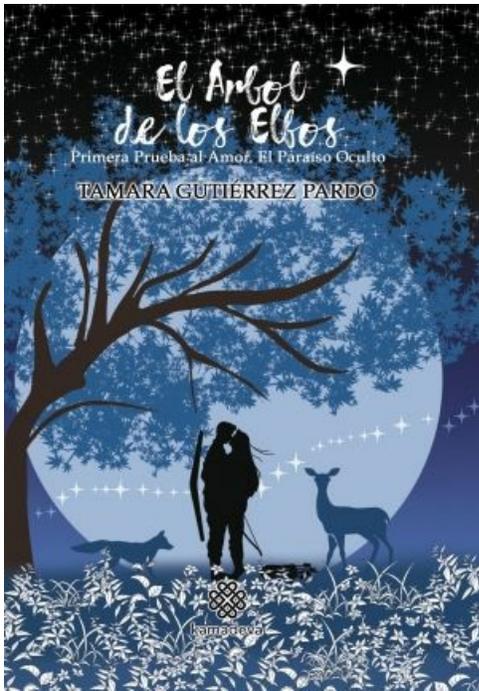
Condena pactada

G., Cristina
502 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Megan no sabía lo que significaba presenciar una pelea entre bandas rivales hasta que se cruzó con la intensa mirada de Andrew en aquel callejón oscuro. A partir de ese momento su vida cambiaría para siempre. Él no podía permitir dejarla ir después de lo que había visto, pero tampoco quería que nadie le hiciese daño, por lo que decidió llegar "a un acuerdo" con Megan para poder llevarla a su casa y hacerla pasar por una invitada especial. Lo que no esperaba ella era que ese misterioso hombre, cuyos negocios eran más que cuestionables, conseguiría romper sus barreras haciéndola olvidar su situación y que Andrew estuviese dispuesto a protegerla, a pesar de las nefastas consecuencias que esto implicaba. ¿Cómo se las apañarán Megan y Andrew para sobrevivir rodeados de tantos peligros y enemigos? ¿Será posible que nazca algo bonito entre ellos a pesar de todo lo que les separa?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El árbol de los elfos

Gutiérrez Pardo, Tamara

672 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El mundo ya había dejado de ser lo que era desde hacía muchos años. Eso es lo que siempre me decía mi tía, pues yo apenas tenía recuerdos de lo que era un árbol, el mundo que yo conocía era muy distinto. Incluso mi propia tía, ya en sus años jóvenes, había visto cómo los bosques, otrora frondosos y espléndidos ante nuestros antepasados, se habían ido extinguiendo a manos de los humanos. A pesar de los avisos, de las advertencias de la Tierra, de nuestros consejos, **ellos habían desafiado a la Madre Naturaleza** con un modo de vida egoísta, inconsciente y egocéntrico, la habían herido de muerte. Los elfos habían hecho todo lo que había estado en nuestra mano, pero una vez iniciado el desastre, ni siquiera nuestra magia pudo hacer nada".

Me llamo Jän, y este es el escenario en el que nos hallamos los elfos hoy día. Solo un árbol mágico, guardado y oculto por nuestros ancestros a lo largo de los siglos, el Árbol de los Elfos, puede volver a repoblar el planeta de naturaleza y vida. **Soy la guerrera ciervo, una de los trece Guerreros Elfos** encargada de custodiarlo. Ese árbol es la única llave capaz de abrir el cofre de la salvación, sin embargo, Rebast no nos lo pondrá nada fácil. Ese elfo ambicioso, ávido de poder, ha invertido mucho dinero en otro planeta para poblarlo y hará todo lo posible para impedir que la Tierra renazca.

Mientras, yo tengo que enfrentarme a otra batalla. Una batalla que es tan vital para mí como la de salvar a la Tierra, porque si pierdo, yo misma me extinguiré. **Una batalla por el amor.** Una batalla por Noram, el guerrero zorro, el híbrido medio humano, medio elfo que es el amor de mi vida, mi amor verdadero, mi alma gemela. Una batalla contra los prejuicios, contra el pasado, contra un sorprendente descubrimiento, contra una promesa, contra la lealtad, contra el propio Noram, e incluso contra la amistad. **Una batalla que se pelea con un excitante juego cargado de erotismo y sensualidad.** Un juego secreto...

¿Te vienes a esta misión conmigo?

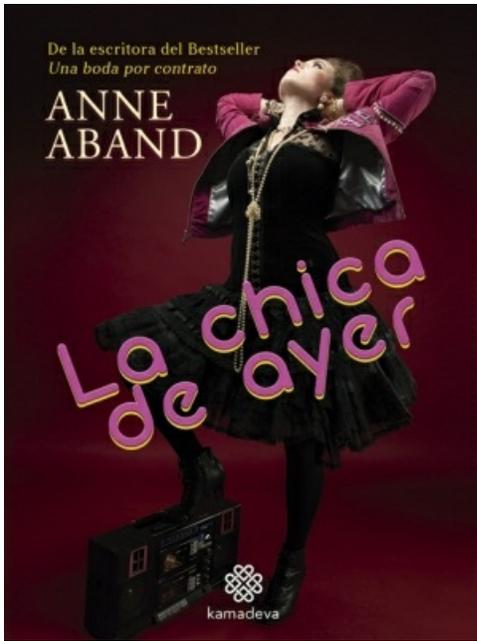
¿Quieres jugar?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

De la escritora del Bestseller
Una boda por contrato

ANNE
ABAND

La chica
de ayer



La chica de ayer

Aband, Anne

238 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Eva Sánchez regresa a casa después de que su estricta familia la enviase al exilio a Francia por los errores que cometió durante su juventud. Aquello sucedió en la década de los 80 y ahora se encuentra de nuevo con todo aquello que quiso olvidar y también con lo que nunca consiguió olvidar: su primer amor. Sumérgete en la vida de Eva, donde nada es lo que parece y descubre, de su mano, que cualquier dificultad puede superarse y que la felicidad no está tan lejos como parece.

[Cómpralo y empieza a leer](#)